

Franz Kafka

CUADERNOS EN OCTAVA

“Me opongo por completo a todo lo que sea hablar. Cualquier cosa que diga, está equivocada en mi sentido. Para mí, el discurso quita toda seriedad e importancia a cuanto digo. Por ello soy callado; no sólo por necesidad, sino también por convicción. Sólo el escribir es la forma de expresión apropiada a mi persona, y lo seguirá siendo incluso cuando estemos juntos.”

Cartas a Felice

(Los orígenes de los textos están explicitados en la *Nota preliminar* de Max Brod.)

NOTA PRELIMINAR

Entre los papeles de Kafka, junto con otras cosas, se encontraron ocho pequeños cuadernos azules en octava¹, de esos que en la escuela se llaman "cuadernos de deberes". Contienen muchas otras reflexiones además de los aforismos. Este libro presenta los pensamientos de Kafka en el orden en que fueron escritos. Los cuadernos en octava contienen numerosos fragmentos y hasta cuentos completos.

El primer cuaderno tiene un solo texto fechado, el del 19 de febrero de 1917. Sobre la base de esa única nota con fecha cabe deducir que se trata, cronológicamente, del primero. Los cuadernos en octava no fueron numerados por Kafka, como lo hizo con aquellos en cuarto², de manera que el orden en que se presentan proviene de simples conjeturas.

Para ubicar el segundo cuaderno resultó definitorio el hecho de que *Informe para una academia* estaba ya publicado en noviembre de 1917.

El tercero y el cuarto contienen algunos fragmentos fechados. No asumen el carácter de diario, como los cuadernos en cuarto, dado que la vida personal del autor, su cotidianidad no se registra más que en poquísimas líneas. Por otra parte, las palabras al respecto están escritas en letra más chica, como para indicar su escasa importancia. Los textos más extensos de ambos cuadernos están dedicados a fantasías y consideraciones filosóficas. Se escribieron en Zürau, donde Kafka se atendía de una tuberculosis diagnosticada entonces por primera vez, y donde decidió romper su compromiso. Su partida para Zürau se produjo el 12 de septiembre de 1917. De manera que el encargado de esta edición³ se encontró ante este dilema: dejar la colección de aforismos "Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero" en el orden deseado por Kafka y claramente determinado en su versión definitiva, o incluirla en el contexto de los cuadernos en octava, entremezclados con otros textos kafkianos. La decisión final fue por la primera de las posibilidades, incluyendo además los aforismos en el texto de los cuadernos.⁴ Con una sola excepción: se omitió el aforismo 9 en el lugar deseado por Kafka, poniéndolo en cambio en el contexto bajo el título (tachado después por Kafka) "Una vida", porque sólo así resulta evidente su relación interna con el pensamiento precedente y con el siguiente: el problema del mal. Hay, incluida en el cuarto cuaderno, una hoja en la que Kafka escribió algunas notas que, por lo que parece, debían servir para la redacción de un petitorio a presentar al comando militar, en favor de un pobre viejo deficiente abandonado por todos, y acaso para obtenerle la dispensa del servicio militar. Aparecen al principio notas sobre los parientes: un carnicero de Saaz,

1 Designación característica de la industria gráfica para los libros o folletos cuyo tamaño es igual a la octava parte de un pliego de papel de impresión.

2 Trece cuadernos que constituyen sus *Diarios*.

3 Se refiere a la edición alemana (N. del T.).

4 En esta edición se ha excluido los aforismos de los cuadernos, evitando así su duplicación.

un tío que vivía en Oberklee, una hermana "que no hay que tener siquiera en cuenta". Después se lee: "No es normal, no pudo trabajar más que en las canteras de arcilla, en realidad no lo declararon apto para el reclutamiento, además, por su edad, no tenía necesidad de cumplir con el servicio militar. Pero él, sin saber muy bien de qué se trataba, quiso hacerse aceptar obligatoriamente. No sabe escribir ni contar, resulta imposible que trabaje independientemente como verdulero o carnicero, de manera que el municipio no puede asumir tal responsabilidad. Pero podría, sí, ayudar a sus parientes en el comercio hortícola, conduciendo el carro, retirando los productos, etcétera. Pero queda excluida toda actividad independiente, tal como imagino que se les habrá ocurrido a sus parientes, los cuales, sin embargo, deberían asumir por sí la responsabilidad." En todo este borrador de petitorio hay un clima que recuerda la de la novela de Kafka *El Castillo*, por eso se transcribe aquí.

Kafka anota, al final del quinto cuaderno, los nombres de los libros que se propone leer (o que apenas ha leído): *Muerte en Venecia* – San Agustín, *Confesiones* – *Summa*⁵ – Storm, Keller – Cardenal de Retz – Cartas de Van Gogh – *Cuarenta años en la vida de un muerto* – Baker, *Viaje a Abisinia* – Emin Pashá, Livingstone Bernard, *Recuerdos de Cézanne*.

El sexto cuaderno contiene además el borrador de una carta escrita por Kafka con una horrorosa taquigrafía muy personal casi indescifrable, que evidentemente constituye la respuesta a uno de aquellos inflamados proyectos de nacionalismo austríaco que aparecieron como hongos durante la guerra, algunos probablemente animados de los propósitos más honestos, pero en su mayor parte insoportables y marcados por el oportunismo. La reconstrucción del borrador se transcribe más o menos en estos términos: "Su carta ha llegado después de algunas idas y venidas postales: mi dirección es Poric 7. Les agradezco, ante todo, la buena disposición demostrada por su nota, que me complace mucho. Se trata, indudablemente, de una cosa útil y además necesaria. De lo que dan fe, así como –del futuro de su iniciativa, los importantes nombres de su lista. No obstante, estoy obligado a abstenerme. No soy capaz, en realidad de concebir claramente una Gran Austria de algún modo unificada y menos aún, capaz de adherirme a esa idea. Ante una decisión de este tipo, retrocedo aterrado. Esto, por suerte, no perjudicará para nada su agrupación, al contrario: por lo demás, mi salud no me permite, conozco poquísimas personas, no tengo ninguna influencia considerable. De manera que mi participación les sería bien pronto perjudicial: De todos modos, si, como seguramente ocurrirá, el Salón de Arte (?) se convirtiera en una agrupación, con cuotas de suscripción, etcétera, me alegraré mucho de formar parte. Les ruego que no juzguen mal mi negativa, dictada por la necesidad."

Max Brod

⁵ Nombre de la revista de Franz Blei.

PRIMER CUADERNO

Cada hombre lleva en sí una habitación. Es un hecho que nos confirma nuestro propio oído. Cuando se camina rápido y se escucha, en especial de noche cuando todo a nuestro alrededor es silencio, se oyen, por ejemplo, los temblores de un espejo de pared mal colgado.

Se queda ahí, con el pecho hundido, los hombros caídos, los brazos colgantes, incapaz de levantar las piernas, la mirada fija en un punto. Un fogonero. Toma el carbón con la pala y lo arroja por la boca de la caldera encendida. Un niño se ha deslizado por los veinte patios de la fábrica y le tironea el delantal.

–Papá —le dice—, te traje la sopa.

Estimado W.¹

Infinitas gracias por el libro sobre Beethoven. Hoy empiezo a leer a Schopenhauer. Qué monumento, este libro. Que podáis, con vuestra delicadísima mano, con mirada agudísima para lo que constituye la verdadera realidad de las cosas, con el poderoso y sin embargo controlado fuego central de vuestra naturaleza poética, con vuestra inmensa, increíble erudición, destacar a otros, para inexpresable alegría mía.

Viejo, corpulento, con algún ligero malestar del corazón, estaba echado, después del almuerzo, sobre el diván, con un pie en el suelo, y leía un texto de historia. Entró la mucama y, poniéndose dos dedos sobre los labios salientes, anunció un visitante.

–¿Quién es? –pregunté, fastidiado por el hecho de tener que recibir a alguien justamente mientras esperaba el café.

–Un chino –dijo la mucama y, volviéndose, reprimió turbada una carcajada que el visitante, del otro lado de la puerta, no debía oír–

– ¿Un chino? ¿A verme? ¿está vestido de chino?

La sirvienta asintió, luchando aún con sus deseos de reír. –Dile mi nombre, pregúntale si quiere verme precisamente a mí, que soy desconocido en la casa de al lado, con mayor razón en la China–La sirvienta se deslizó a mi lado y susurró:

– Tiene una tarjeta donde dice que solicita ser recibido. No sabe alemán, habla un idioma incomprensible, no me animo a tomar la tarjeta.

– ¡Hazlo pasar! –dije entonces, atacado por la agitación que suele provocarme mi afección de corazón, tiré el libro al suelo maldiciendo la torpeza de la sirvienta. Me puse de pie, y después de haber estirado mi cuerpo gigantesco, con el cual debía poder intimidar a cualquiera en aquella pequeña habitación, me dirigí hacia la puerta. En efecto, apenas me vio el chino se escabulló. Estiré una mano por el corredor y tomando a aquel hombre por el cinturón de seda, lo arrastré despacio hacia adentro– Era evidentemente un estudioso, pequeño, delicado, con anteojos de carey, una rala barba aguda, tesa, color sal y pimienta. Un hombrecito amable, que sostenía la cabeza un poco inclinada y sonreía con los ojos entornados.

El doctor Bucéfalo, abogado, llamó una mañana a su ama de llaves a su cabecera y le dijo:

– Hoy comienza el gran debate del proceso de mi hermano Bucéfalo contra la firma Trollhátra. Yo conduzco la acusación, y como Ira audiencia durará p_{OR} lo menos unos días, sin verdaderas interrupciones, no volveré a casa en los próximos. Apenas termine la audiencia o p_{OR} lo menos apenas se prevea su fin, le telefonaré. Por ahora no puedo decir más ni contestar ninguna pregunta, ya que tengo que conservar toda la voz. De manera que tráigame de desayuno dos huevos

crudos y un té con miel.–Y, recostándose despacio en las almohadas, enmudeció.

¹ Borrador de una carta a Paul Wiegler, quien publicó durante la guerra, entre otras cosas, una antología de cartas de Beethoven.

El ama de llaves, mujer charlatana pero que tenía mucho miedo a su patrón, quedó muy impresionada. ¡Aquella orden extraordinaria había llegado tan de improviso! El patrón había hablado con ella la misma noche anterior, pero sin ninguna referencia a lo que debía suceder. No era posible que la audiencia la hubieran decidido durante la noche. Además, ¿acaso existen sesiones judiciales que duren días enteros, ininterrumpidamente? ¿Y por qué el patrón le nombraba las partes en litigio, cosa que no había hecho nunca? ¿Y qué gran proceso podía llegar a tener el hermano del patrón, el pequeño verdulero Adolf Bucéfalo, con quien, por otra parte, el patrón parecía estar desde hacía tiempo en malas relaciones? ¿Y cómo conciliar el esfuerzo inconcebible que enfrentaba el patrón con ese quedarse en cama tan extenuado, cubriéndose con la mano – si la luz de la mañana no engañaba– el rostro macilento? ¿Y había que llevarle solamente té y huevos, ni siquiera, como de costumbre, un poco de vino y de jamón para restablecerle del todo la vitalidad? El ama de llaves volvió a la cocina con estos pensamientos, se sentó sólo un momento en su lugar preferido junto a la ventana, al lado de las flores y el canario, miró hacia el otro lado del patio, donde, detrás de las rejas de una ventana, dos criaturas casi desnudas luchaban y jugaban, después se volvió suspirando, sirvió el té, fue a tomar dos huevos de la despensa, ordenó todo sobre una bandeja, no pudo resistir el impulso de agregar también la botella de vino, como benéfico estímulo, y llevó todo al dormitorio.

La habitación estaba vacía. ¿Cómo era posible? El patrón no podía haberse marchado ya. ¿Cómo podía haberse vestido en un minuto? Sin embargo, había desaparecido el traje y la otra ropa. ¿Pero, por el amor del cielo, qué le pasa al patrón? ¡Pronto, a la antecámara! Pero han desaparecido también el abrigo, el bastón y el sombrero. ¡A la ventana! Por Satanás, allí va el abogado saliendo por el portal, el sombrero en la nuca, el abrigo desabrochado, la cartera apretada contra el cuerpo, el bastón colgando de un bolsillo del sobretodo.

¿Conocen el Trocadero de París? En aquel edificio, de

cuyas dimensiones no hay imagen que les pueda dar la más pálida idea se desarrolla actualmente la parte final de un gran proceso. Ustedes se preguntarán, quizá, cómo es posible calefaccionar suficientemente un edificio así, en este invierno terrible. Pues bien, no se lo calienta. Pensar de pronto en la calefacción en un caso así es algo que se da únicamente en una linda finca de campo como la que viven ustedes. El Trocadero no se calienta por lo tanto, durante todo el curso del proceso, en medio del frío que circula por todas partes por arriba y por abajo se procesa con el mismo ritmo, a lo largo y a lo ancho, por derecha e izquierda.

Ayer me visitó una apoplejía. Vive en la casa de al lado la he visto mas de una vez, por la noche, desaparecer curvada por aquel pequeño portón. Es una señora alta, de largo vestido ondulante y gran sombrero adornado de plumas Se me metió en la habitación murmurando, agitada como un médico que teme haber llegado demasiado tarde a la cabecera de un enfermo que agoniza.

–Antón –exclamó con voz hueca pero no sin un toque de euforia– he venido, ¡aquí estoy! Y se dejó caer en el sillón que le señalé. –Vives muy arriba, muy arriba – dijo gimiendo Hundido en mi silla de brazos, asentí. Desfilaron ante mis ojos los interminables escalones que llevaban a mis habitaciones, uno tras otro, pequeños y por eso incansables –¿Por qué estás tan frío? –me preguntó, se quitó los largos guantes, los arrojó sobre la mesa y, con la cabeza inclinada a un costado, me miró parpadeando.

Me pareció que era un gorrión que daba pequeños saltos por la escalera mientras me desordenaba las delicadas abundantes plumas grises.

– Lamento que te consumas por mí. Más de una vez he contemplado con verdadera tristeza tu rostro demacrado cuando te parabas en medio del patio y levantabas la mirada hasta mi ventana. Es cierto, no me desagradas, y aunque mi corazón no late todavía por ti, siempre puedes conquistarlo.

A qué grado de indiferencia pueden llegar ciertas personas, a qué profunda certeza de haber perdido para siempre el verdadero camino

Un error. No era mi puerta, de aquel largo corredor, la que había abierto. "Un error" dije

y quise salir enseguida. Pero en ese instante vi al inquilino, un hombre flaco y sin barba de labios apretados, que estaba sentado a una mesita sobre la que ardía sólo una lámpara de petróleo.

En nuestra casa, en este inmenso edificio de las afueras, un verdadero conventillo mezclado con indestructibles ruinas medievales, se difundió esta mañana, el comunicado siguiente:

A todos mis coinquilinos.

Poseo cinco fusiles de juguete. Están colgados en mi armario, uno en cada gancho. El primero me pertenece, por los demás puede presentarse cualquiera. Si se presentan más de cuatro personas, aquellas demás deberán traer sus fusiles personales y depositarlos en mi armario. Es necesario la unidad de acción, sin la cual no se adelanta. Por otra parte, mis fusiles son completamente inservibles para cualquier otro uso, el mecanismo está deteriorado, el corcho se soltó, sólo los caños disparan ahora. De manera que no será difícil llegar a conseguirse otros fusiles como los míos. Pero, en realidad, en los primeros tiempos sirven también personas sin fusiles. Nosotros, que estamos armados, formaremos en el momento decisivo una barrera en torno de los inermes. Método que rindió buenos resultados en las luchas de los primeros colonos norteamericanos contra los pieles rojas, ¿por qué no habría de funcionar también aquí, donde la situación es análoga? Por consiguiente, a la larga se podría hasta renunciar a los fusiles y hasta los cinco de mi propiedad no son absolutamente indispensables, y se usarán solamente ya que están. Si ustedes no quieren sin embargo armarse con los otros cuatro, dejen no más. Quiere decir que sólo yo llevaré uno, en calidad de jefe. Pero nosotros no debemos tener un jefe, de manera que también yo romperé o abandonaré mi fusil.

Este fue el primer comunicado. Pero en nuestra casa nadie tiene ganas de leer o, menos aún, de pensar en comunicados. Muy pronto aquellas hojas nadaban en el torrente de basura que, cayendo desde el techo, alimentado por todos los pasillos, fluye por las escaleras, donde lucha contra la corrien-

te contraria, que surge desde abajo. Pero, después de una semana emití una segunda proclama:

¡Coinquilinos!

No se ha presentado nadie hasta ahora. Durante todas las horas en que no me veo obligado a trabajar para vivir no me he movido de casa, y durante mi ausencia, cuando dejaba siempre abierta la puerta de mi habitación, sobre mi mesa había una cantidad de hojas de papel, donde cualquiera que lo deseara podía escribir su nombre. Nadie lo hizo.

A veces creo expiar todas las culpas pasadas y futuras a través de los dolores de mis huesos, cuando por la noche, o de pronto por la mañana, vuelvo a casa después de un turno pasado en la fábrica. No soy suficientemente fuerte para este trabajo, lo sé ya desde hace rato, y sin embargo no cambio.

En nuestra casa, en este inmenso edificio de las afueras, un verdadero conventillo mezclado, con indestructibles ruinas medievales, vive, en mi mismo corredor, con una familia de obreros, un empleado público. Es cierto que lo llaman funcionario, pero no puede ser más que un pequeño escribiente quien pasa la noche en el suelo, sobre un jergón de paja, en casa de aquella pareja ajena y de sus niños. Y si no es más que un oscuro empleado, ¿a mí qué me importa? En esta misma casa, donde se acumula también toda la miseria de la ciudad, hay seguramente más de cien personas...

En mi mismo corredor vive un sastre, más bien zurcidor. A pesar del cuidado que pongo, mis trajes se gastan demasiado rápido, de manera que últimamente tuve que llevar otra chaqueta a aquel hombre. Era una hermosa, tibia noche de verano. El sastre vive - él, su mujer y seis hijos- en una sola habitación, que sirve también de cocina. Además, tiene incluso un inquilino: un empleado público. El hecho de tanta gente amontonada en una sola habitación es un tanto insólito aun en nuestra casa, la que no se queda corta en ese aspecto. De todos modos, se permite que cada uno se conduzca como quiera, el sastre tendrá razones irrefutables para tanta economía y a ningún extraño se le ocurrirá jamás discutirlos.

19 de febrero de 1917.

Hoy leí *Hermann y Dorotea* y algunas páginas de las *Memorias* de Richter,² he visto algunos cuadros suyos, y finalmente leí una escena de la *Griselda* de Hauptmann. Por el lapso de la próxima hora soy otro hombre. Todas las perspectivas nebulosas como siempre, pero nebulosamente distintas. En los pesados borceguíes que me calcé hoy por primera vez (estaban originalmente destinados al servicio militar), hay otro hombre.

Vivo en casa del señor Krummholz y comparto mi habitación con un empleado público. En el cuarto, duermen además, en una sola cama, dos hijas de Krummholz, criaturas de seis y siete años. Desde el primer día en que el escribiente entró en casa –yo vivía desde hacía años en lo de Krummholz– sospeché de él, al principio bastante vagamente. Es un hombre más pequeño que lo normal, débil, de pulmones tal vez un poco consumidos, que anda con amplios trajes grises, una cara arrugada de edad indefinible, el pelo rubio ceniza algo largo atrás, sobre las orejas, un par de lentes caídos sobre la nariz, y una barba incipiente, también camino de encanecer.

No era una vida alegre la que llevaba entonces, cuando construíamos el ferrocarril en el Congo central.

Me sentaba en mi cabaña de madera, en la galería cubierta. En vez de pared, había colgado un gran mosquitero de malla finísima que había comprado a uno de los capataces, el jefe de una tribu cuyo territorio debía atravesar nuestro ferrocarril. Una red de cáñamo, sólida y delicada al mismo tiempo, como no sabrían fabricarla en Europa. Era mi orgullo, y muchos me lo envidiaban. Sin aquel mosquitero no me hubiera sido posible sentarme tranquilamente en la galería por la noche, encender la luz, como lo hacía, sacar un viejo periódico europeo y, mientras leía, fumar una enorme pipa.³

Mi pulso – ¿quién puede aún hablar tan libremente de su disposición?— es el de un viejo, afortunado, incansable pescador. Por ejemplo, estoy sentado en mi casa antes de ir de pesca y con ojo atento, muevo la mano derecha, de acá para allá. Eso basta para revelarme, mediante la vista y el tacto, el resultado de la futura pesca, a veces hasta en el más mínimo detalle. Una verdadera facultad profética, de la que está dotada esta flexible articulación mía, a la que, en momentos de descanso, pongo una apretada pulsera de oro para que pueda recoger energía. Veo entonces el agua de mi lugar de pesca con la corriente precisa de esa hora precisa, se me aparece un corte transversal del río, en el que se destacan, clarísimos por su cantidad y naturaleza, diez, veinte, hasta cien peces, de manera que ya sé cómo maniobrar el sedal: algunos rompen la superficie del sector sólo con la cabeza, y a esos les dejo colgar el anzuelo frente al hocico y ya están enganchados, la brevedad de este momento fatal me exalta hasta en la mesa de mi casa; otros sacan aun el vientre, y entonces no hay tiempo que perder; llego a alcanzar algunos, pero otros superaron ya la superficie peligrosa con la cola y puedo darlos por perdidos por esa vez, pero solamente por esa vez, porque a un verdadero pescador no hay pez que se le escape.

SEGUNDO CUADERNO

Un muchachito heredó de su padre solamente un gato y gracias a ese gato se convirtió en alcalde de Londres. ¿En qué me convertiré yo, gracias a mi animal, a mi herencia? ¿Dónde se extiende la ciudad ilimitada?

La historia universal, tanto la escrita como la transmitida, no suelen servirnos de nada; en cambio, la intuición humana suele apartarnos del camino, pero de cualquier manera nos guía, no nos abandona. Así, por ejemplo, la tradición relativa a las siete maravillas

² Ludwig Richter, *Lebenserinnerungen eines deutschen Malers*.

³ En el primer cuaderno en octava sigue aquí otra página, que contiene la primera lista de los cuentos de *Un médico rural*, además del borrador de una carta. La carta está dirigida a un desconocido y se refiere evidentemente a la hermana de Kafka, Ottla, por cuyas experiencias agrícolas (primero en Zürau, después en Plana) se interesó Kafka vivamente.

del mundo ha estado siempre acompañada de rumores de que existía una octava. y hasta se han contado cosas sobre esta octava maravilla que llegan a contradecirse, pero cuya inseguridad se atribuía a la oscuridad de aquellos tiempos remotos. Señoras y señores (aquí, más o menos, el discurso que el árabe, vestido a la europea, dirigió a la comitiva turística, la cual apenas lo escuchaba, absorta en cambio, casi disminuida por el espanto, en la contemplación de la construcción increíble que se levantaba ahí delante, sobre un desnudo piso de piedra, en estos momentos seguramente estarán dispuestos a admitir que mi empresa supera en mucho a todas las demás agencias de viajes, aun a aquellas que gozan de un nombre justa y largamente afamado. Mientras, nuestra competencia lleva a sus clientes, en realidad según la buena y vieja costumbre, a visitar las siete maravillas del mundo de las que hablan los viejos libros de historia, nuestra empresa les hace ver la octava maravilla del mundo.

Algunos dicen que es un hipócrita, otros que no es más que la apariencia. Mis padres conocen a su padre; cuando éste vino a visitarnos el domingo pasado, le pregunté inmediatamente por el hijo. Pero el anciano es muy astuto, es difícil ponerlo de espaldas contra la pared y yo, en especial, carezco de habilidad para esta clase de astucias. La conversación era animada, pero apenas lancé mi pregunta, todos callaron. Mi padre se puso a jugar nervioso con su barba, mi madre se alejó para vigilar el té, pero el anciano me miró, sonriendo con sus ojos azules e inclinó hacia un lado la cabeza pálida y arrugada, de espesa cabellera blanca.

– Ah, sí, el muchacho —dijo, volviendo la mirada hacia la lámpara de la mesa, que en aquella prematura noche de invierno estaba ya encendida—. ¿Habló con él alguna vez? – preguntó después.

– No – dije – , pero he oído hablar mucho de él y me gustaría conversar yo también, si quisiera recibirme alguna vez.

– ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? –grité, oprimido aún contra la cama por el sueño, y estiré los brazos en alto.

Después me levanté, todavía inconciente de la realidad,

con la sensación de que debía apartar algunas personas que se me ponían delante, ejecuté también los movimientos necesarios con la mano y así alcancé por fin la ventana abierta.

Qué desolación, un granero en primavera, un tísico en primavera.

Suele suceder – y es muy difícil conocer las causas— que el más ilustre de los toreros elija para su exhibición el decadente ruedo de una plaza de toros apartada, cuyo nombre era hasta entonces casi desconocido para el público en Madrid. Un ruedo perdido en el tiempo, reducido a terreno baldío donde juegan los niños, lugar incandescente de piedras desnudas, lugar de descanso para lagartos y serpientes. Las gradas, allá arriba, están demolidas hace rato, cantera de piedras para todas las casas del lugar, y la arena reducida a un pequeño anillo circular que podrá albergar quinientas personas como máximo. Ninguna construcción anexa, ni siquiera un corral, pero lo peor es que el ferrocarril no llega aún hasta aquí: la estación más próxima está a tres horas de carruaje, a siete horas de camino a pie.

Mis dos manos iniciaron una lucha. Cerraron con un golpe el libro que leía hasta entonces y lo hicieron a un lado, para que no estorbara. Después me hicieron un aplauso y me eligieron arbitro del encuentro. Y ya estaban con los dedos entrelazados, empujándose a lo largo del borde de la mesa, hacia la derecha, hacia la izquierda, según la mayor presión de una o de otra. Yo no las perdía de vista en ningún momento. Si son mis manos debo ser un arbitro imparcial, de otra manera cargo con los remordimientos de un fallo injusto. Pero mi tarea no es nada fácil, en la oscuridad, las dos palmas recurren a diversos trucos que no puedo dejar pasar, de manera que aplico el mentón a la mesa, y entonces ya no se me escapa nada. Desde siempre, sin ánimo de perjudicar a la izquierda, prefiero a la derecha. Si la izquierda hubiera protestado, sumiso y justo como soy yo, habría por cierto abolido toda parcialidad. Pero ella, callada, colgaba a lo largo de mi costado y mientras, por ejemplo, la derecha agitaba mi sombrero en la calle, la izquierda se limitaba a tocar mi muslo inti-

midada. Resultó una mala preparación para la lucha que se desarrolla ahora. ¿Cómo

esperas, pulso izquierdo, resistir mucho al derecho, tan poderoso? ¿Lograr, con tus dedos de muchacha, atenazar a los otros cinco? Esta no me parece ya una lucha, sino la inevitable derrota de la izquierda. Está ya expulsada al lado izquierdo de la mesa, mientras la derecha, estrujándola, sube y baja regularmente, como un pistón. Si, ante esa situación desesperada, no me viniese en mente que son mis propias manos las que combaten entre sí y que, con un ligero movimiento, puedo separarlas, terminando así crisis y lucha, si no se me ocurriese esto, la izquierda sería arrancada de la muñeca y arrojada de la mesa, y entonces, tal vez la derecha, en el regocijo desenfrenado de la victoria, como el Cerbero de las cinco cabezas, se volvería contra mi mismo rostro preocupado. En cambio, ahora yacen una sobre la otra, la derecha acaricia el dorso de la izquierda y yo, arbitro deshonesto, asiento aprobando con la cabeza.

Nuestras tropas lograron finalmente irrumpir en la ciudad por la puerta meridional. Mi sección estaba estacionada en un jardín de la periferia, a la sombra de cerezos calcinados, y esperaba órdenes. Pero cuando oímos la estridencia de los clarines en la puerta meridional, nada pudo detenernos. Empuñamos las primeras armas que nos cayeron sobre los hombros del compañero más próximo, aullando nuestro grito de guerra: "Kahira Kahira", galopamos en largas filas por los charcos de la ciudad. En la puerta meridional, no encontramos ya más cadáveres y un gran humo amarillo que pesaba sobre el suelo y lo cubría todo. Pero no queríamos ser sólo la retaguardia y por eso nos metimos enseguida por algunos estrechos callejones laterales que hasta entonces se habían visto libres de lucha. La puerta de la primera casa voló en astillas al primer golpe de mi pica, e irrumpimos en el pasillo con tal furia que al principio chocamos entre nosotros. Un viejo nos vino al encuentro por un largo corredor vacío. Viejo extraño: tenía alas. Grandes alas desplegadas, cuyos bordes externos superaban su propia estatura.

–Tiene alas – grité a mis camaradas, y los que estábamos al frente retrocedimos un poco, todo lo que nos lo permitieron los que teníamos a la espalda.

Ustedes se maravillan –dijo el viejo–, pero todos nosotros tenemos alas, pero no nos han servido de nada y, si pudiésemos nos las arrancaríamos.

–¿Por qué no huyen volando? –pregunté.

– ¿Huir volando de nuestra ciudad? ¿Abandonar la patria? ¿Nuestros muertos, nuestros dioses?

TERCER CUADERNO

18 de octubre de 1917. Miedo de la noche. Miedo en la no-noche.

19 de octubre. La insensatez (palabra demasiado fuerte) de distinguir lo que es nuestro y lo que es del adversario en las luchas espirituales.

Toda ciencia es metodología respecto de lo absoluto. Por lo que no es dado temer a lo unívocamente metodológico. No es más que una cáscara, un ropaje, pero no más que cualquier otro, salvo aquella sola.

Todos nosotros libramos una lucha. (Cuando, acometido por el último desafío, tiendo la mano atrás para empuñar un arma, no puedo evidentemente elegir entre varias, y si pudiera debería tomar una "ajena", dado que todos nosotros tenemos un solo depósito de armas.) No puedo librar una lucha personal. Si, de vez en cuando, me creo independiente y no percibo a nadie cerca, muy pronto descubriré que, dada la situación general, no captada enseguida por mí o directamente imperceptible por mí, debía ocupar precisamente ese lugar. Lo que no excluye, naturalmente, que existen correos,

retaguardias, francotiradores y todas las otras gamas y características del arte de la guerra, pero no hay nadie que guerree por cuenta propia... ¿(Humillación) de la vanidad? Sí, pero también necesario y verdadero estímulo.

Hay que recobrar el aliento cada vez que se sale de un tanque de vanidad o de autocomplacencia. La orgía constituida por la lectura de mi cuento publicado en *Der Jude*.⁴ Como una ardilla enjaulada. Felicidad por el movimiento, desesperación por la estrechez, locura de la perseverancia, sensación de desolación frente a la calma exterior. Todo ello alternativa o simultáneamente, aun en el lodo del fin.

Una soleada franja de felicidad.

Debilidad de la memoria respecto de los detalles y la estructura del propio concepto del mundo: pésima señal. Solamente fragmentos de un todo. ¿Cómo quieres siquiera rozar tu deber supremo, cómo quieres siquiera intuir la proximidad, siquiera soñar la existencia, siquiera invocar el sueño, siquiera aprender las letras que componen la invocación, si no estás en condiciones de concentrarte hasta el punto que, cuando sea el momento decisivo, puedas apretar tu todo en la mano como se aprieta una piedra para arrojarla, un cuchillo para matar? Por otra parte: no hace falta escupirse en las manos antes de unir las en plegaria.

¿Es posible pensar una cosa desconsolada? O mejor, ¿una cosa tan desconsolada que no tenga siquiera soplo de consuelo? Una escapatoria sería considerar como consuelo el conocer por sí mismo. Podría pensarse, por ejemplo: debes abolir-te, y mantenerse moralmente en pie sin falsear la realidad de tal descubrimiento, sostenido por la conciencia de haberse dado cuenta. Lo que significa verdaderamente arrancarse de la ciénaga tirando del propio pelo. Pero lo que es ridículo en el mundo físico, es posible en el espiritual. En él no rige la ley de gravedad (los ángeles no vuelan, no abolieron ninguna gravedad, somos nosotros, observadores de este mundo terreno, que no sabemos expresarnos mejor), cosa que para nosotros, desde luego es inimaginable, o lo es sólo en un grado más elevado. Qué mísero es el conocimiento que tengo de mi habitación. (Ñocha.) ¿Por qué? No existe una observación del mundo exterior. La psicología descriptiva, por lo menos, se

incluye con toda probabilidad en el campo del antropomorfismo, y del mundo interior apenas toca los límites. El mundo interior se puede vivir nada más, no describir. -La psicología es la descripción del reflejo del mundo terreno en la superficie celeste, o mejor: la descripción de un reflejo, como nos lo imaginamos nosotros, criaturas impregnadas de tierra, porque en realidad no hay ningún reflejo, somos nosotros únicamente quienes vemos tierra hacia donde miremos.

La desgracia de Don Quijote no es su fantasía, es Sancho Panza.

Nosotros, vistos con nuestros ojos sucios de tierra, nos encontramos en la situación de un grupo de viajeros en ferrocarril que han sufrido un accidente en un túnel, precisamente en un punto donde no se ve ya la luz de la entrada, y en cuanto a la de la salida, parece tan minúscula que la vista ha de buscarla continuamente y perderla continuamente, mientras no se tiene siquiera la seguridad de si se trata del principio o del fin del túnel. Entre tanto, en torno de nosotros, en el desorden de nuestros sentidos o en su hipersensibilidad, se da una multitud de monstruos y una especie de juego caleidoscópico fascinante o fatigante, según el humor y las heridas de cada uno. ¿Qué debo hacer? o bien: ¿Por qué debo hacerlo?, no son preguntas que se mediten allí dentro.

Muchas sombras de difuntos no hacen más que lamer las ondas del río de los muertos, porque llega de nuestro mundo y conserva el gusto salobre de nuestros mares. Entonces, el río, detenido por el asco, se pone a correr hacia atrás y empuja a los muertos de vuelta a la vida. Pero ellos están felices, cantan himnos de agradecimiento y acarician las aguas trastornadas.

A partir de cierto punto, en adelante no hay regreso. Es el punto que hay que alcanzar. El momento decisivo de la evolución humana está siempre en transcurso. Por eso tienen razón aquellos movimientos espirituales revolucionarios que declaran insignificante todo

⁴ En la revista mensual *Der Jude*, dirigida por Martin Buber, apareció en octubre de 1917 el cuento de Kafka "Chacales y árabes".

lo anterior, ya que, efectivamente, no ha sucedido nada todavía.

La historia de los hombres es un instante entre dos pasos de un caminante.

La velada, pasada en Oberklee.

Desde afuera será siempre fácil derrumbar el mundo con una teoría y precipitarse inmediatamente en la misma fosa, pero sólo desde dentro se podrá conservar el mundo y a sí mismo en silencio y verdad.

El enmudecer y desaparecer de las voces del mundo.

El elemento diabólico asume a veces el aspecto del bien o directamente se encarna en pleno. Si no me doy cuenta, está claro que sucumbo, porque este falso bien es más seductor aún que el verdadero. ¿Pero qué sucede si me doy cuenta? ¿Si un cerco de demonios me impulsa hacia el bien? ¿Si, como algo asqueroso, se me hace rodar, se me agujonea, se me empuja hacia el bien con una pica afilada? ¿Si las garras visibles del bien se extienden para atraparme? Retrocedo un paso y, con suave tristeza, me hago engullir por el mal, el que, a mis espaldas, esperó durante todo ese tiempo mi decisión.

(Una vida). Una perra maloliente, madre de innumerables cachorros, con pústulas en descomposición, pero que durante mi infancia fue todo para mí, que me sigue constantemente, fidelísima, a la que no encuentro el coraje de golpear, frente a la que retrocedo paso a paso, y que, con todo, si no hago algo, me empujará hasta aquel rincón de la pared, visible ya, supurando sobre mí y conmigo, la carne gusanosa y purulenta de su lengua —¿acaso me honra eso?— lamiéndome la mano hasta el fin...

El mal reserva sorpresas. De golpe se da vuelta y me dice: "Me has entendido mal", y tal vez es cierto. El mal se transforma en tus labios, se deja mordisquear por tus dientes, y con esos labios nuevos —los de antes no se habían adaptado nunca tan dócilmente a tu dentadura— pronuncias, para' maravilla de ti mismo, la palabra justa.

22 de octubre. Las cinco de la mañana.

Una de las hazañas más importantes de Don Quijote, más destacada que el combate mismo con los molinos de viento, es el suicidio. Don Quijote, muerto, quiere matar al muerto Don Quijote; pero para matarlo le hace falta un punto aún vivo, por eso lo busca con la espada, incansablemente, pero en vano. En ese acto, los dos muertos saltan, casi en una cabriola indisoluble y vivísima, a través del tiempo.

Por la tarde hacia el bosque; cuarto creciente. Detrás de mí un día confuso. (Tarjeta de Max.) Dolor de estómago.

23 de octubre. La mañana en cama.

Después del almuerzo a la tumba de la epiléptica ahogada en el pozo.

Conócete a ti mismo no significa: Obsérvate. Obsérvate es la palabra de la serpiente.

Significa: Conviértete en amo de tus actos. Pero ya lo eres, eres amo de tus actos. Esta frase, por lo tanto, significa: ¡Ignórate! ¡Destrúyete! Algo malo entonces. Y sólo quien se inclina profundamente oye también el mensaje bueno que dice: "Para hacer de ti mismo lo que eres."

25 de octubre. Triste, nervioso, físicamente mal, miedo de Praga, en cama.

Había una vez una banda de canallas, es decir, no eran canallas sino hombres comunes. Estaban muy unidos. Cuando, por ejemplo, uno de ellos había hecho infeliz, de manera un poco ruin, a alguien que no era del grupo (es decir, aun así, no es que se hubiera comportado como canalla, sino como se porta de costumbre, habitualmente), y lo confesaba después en presencia de sus socios, éstos indagaban, juzgaban, imponían penitencias, perdonaban, etcétera. No tenían malas intenciones, tutelaban severamente los intereses del individuo y de la comunidad, y quien se confesaba veía que se le presentaba el tono complementario del exhibido por él: "¿Cómo? Pero, ¿por qué te afliges? Has hecho la cosa más

natural, has obrado sólo como debías. Sucede que estás un poco excitado. Vamos, sé razonable de nuevo." Así se sostenían unos a otros, y ni aun muertos disolvieron la banda, sino que subieron al cielo de la mano. Era un espectáculo de inocencia infantil, verlos volar juntos de aquella manera. Pero, como a la vista del cielo todo se fragmenta en los elementos que lo componen, se precipitaron abajo como un conjunto de piedras.

3 de noviembre. Camino de Oberklee. Por la noche en la habitación escribiendo a Otlla y a T.

7 de noviembre. (Temprano a la cama, después de una velada pasada charlando.)

Cuando una espada te traspasa el alma importa conservar la mirada—serena, no perder

sangre, acoger la frialdad de la espada con la frialdad de la piedra. Por esa estocada, después de esa estocada, volverse invulnerable.

9 de noviembre. A Oberklee.

10 de noviembre. En cama. Irritación (Blüher, Tagger).⁵

12 de noviembre. Mucho tiempo en cama, prevención.

Un carro de campesinos, con tres hombres en él, iba en la oscuridad por una cuesta. Un extraño llegó a su encuentro y lo detuvo. Después de unas rápidas preguntas y respuestas, resultó que éste pedía que lo llevaran. Le hicieron lugar y lo ayudaron a subir. No fue si no emprendido otra vez el viaje que le preguntaron:

— ¿Viene de la dirección contraria y se hace llevar de vuelta?

—Sí —dijo el forastero—. Al principio iba en la misma dirección que ustedes, pero después di la vuelta porque se hizo de noche antes de lo pensado.

Te lamentas del silencio, de la futilidad del silencio, de la barrera del bien.

La zarza es, desde tiempo inmemorial, el obstáculo que nos cierra el camino. Tiene que arder, para poder proseguir.

21 de noviembre. La inutilidad del fin puede disimular la inutilidad del medio.

Mal es todo aquello que desvía.

El mal conoce el bien, pero el bien no conoce el mal.

Sólo el mal tiene conciencia de sí mismo.

Uno de los medios del mal es el diálogo.

El fundador tomó las leyes del legislador, los fieles deben revelar las leyes del legislador.

¿El hecho de que existan las religiones es tal vez la prueba de la imposibilidad, para el individuo, de ser permanentemente bueno? El fundador se arranca del bien absoluto y se encarna. ¿Lo hace por el bien de los otros o porque cree que sólo junto a los otros puede seguir siendo lo que era, porque debe destruir el "mundo" para no tener que amarlo?

Quien cree no se topará nunca con un milagro. Las estrellas no se ven de día.

Quien obra un milagro piensa: No puedo desligarme de la tierra.

Distribuir con justicia la fe en las palabras de uno y las convicciones de uno. No permitir que una convicción se reduzca en el instante en que alcanzamos su conocimiento. No descargar sobre las palabras la responsabilidad con que nos cargan nuestras convicciones, la coincidencia de palabras y convicciones no es un hecho decisivo, como no lo es tampoco la buena fe. Determinadas palabras pueden siempre, según las circunstancias, enterrar o desenterrar determinadas convicciones.

El hablar de las convicciones de uno no significa debilitarlas – cosa que no sería tampoco de lamentar—, pero significa que las convicciones mismas son débiles.

24 de noviembre. El juicio humano acerca de las acciones humanas es exacto y al tiempo errado, es decir, al principio es exacto, después errado.

Por la puerta de la derecha, los hombres entran a una habitación en la que se desarrolla un consejo de familia, escuchan la última palabra del último orador, entran con ella al mundo por la puerta de la izquierda y gritan su juicio. Juicio que es exacto respecto de la palabra, pero errado en sí. De haber querido juzgar con exactitud definitiva, debieron encerrarse para siempre en aquella habitación, hubiesen llegado a formar parte del consejo de familia y así, seguramente, habrían terminado por perder la capacidad de juzgar.

La única capaz de juzgar es la parte en litigio, pero ésta, en cuanto tal, no puede juzgar. Por lo que en el mundo no existe una verdadera posibilidad de juicio, sino sólo un reflejo. Celibato y suicidio se dan en el mismo estadio de conocimiento; suicidio y martirio, en cambio, no; pero sí tal vez matrimonio y martirio.

Los buenos avanzan todos juntos. Los demás, ignorándolos, danzan en torno de ellos los bailes del momento.

Tanto el hombre en éxtasis como el que se ahoga, levantan los brazos. El primero manifiesta conformidad, el segundo divergencia con los elementos.

⁵ Hans Blüher, el conocido autor antisemita, precursor del nazismo. Tagger escribió después con el nombre de Ferdinand Bruckner.

No conozco el contenido,

no poseo la llave,
no creo en las voces,
todo comprensible,
ya que soy yo mismo.

26 de noviembre. La vanidad deforma, por ello debería, lógicamente, mortificarse, en cambio se limita a herirse, convirtiéndose en "vanidad herida".

27 de noviembre. Leer los diarios.

30 de noviembre. El Mesías llegará apenas sea posible el ilimitado individualismo de la fe, apenas nadie piense en destruir tal posibilidad; nadie tolerará tal destrucción, de manera, en suma, que se puedan abrir los sepulcros. Esta, acaso, es también la doctrina cristiana, tanto en cada modelo concreto que los fieles deben imitar, modelo individual, como en la indicación simbólica de la resurrección del mediador en cada hombre.

Crear significa liberar en sí mismo lo indestructible, o mejor: liberarse o mejor aun: ser indestructibles, o mejor aun: ser.

El ocio es padre de todos los vicios, y es el coronamiento de todas las virtudes.

Las diversas formas de desconsuelo a lo largo de las diversas etapas del camino.

4 de diciembre. Noche tempestuosa, por la mañana telegrama de Max, armisticio con Rusia.

El Mesías sólo llegará cuando ya no haga falta, sólo llegará un día después de su propia llegada, no llegará en el último día, sino en el ultimísimo.

6 de diciembre. Matanza de los cerdos.

Tres cosas:

Verse a sí mismo como una cosa ajena, olvidar lo visto, conservar la mirada.

O sea, dos cosas solas, dado que la tercera comprende la segunda.

El mal es el cielo estrellado del bien.

8 de diciembre. En cama, resfrío, dolor de espalda, velada nerviosa, gato en la habitación, discordia interna.

Cuando digo a un niño: "Lávate la boca y tendrás tu pedazo de torta", no significa que se merezca la torta por el hecho de lavarse la boca, dado que el lavarse la boca y el valor de la torta son dos cosas que no se comparan, ni el lavarse la boca se constituye en premisa necesaria del comer la torta, ya que, aparte de lo exiguo de la condición, el niño recibirá de todas maneras su pedazo de torta, dado que representa una parte esencial de su comida: es así que la invitación no importa una complicación, sino que por el contrario facilita el acto de la alimentación; el lavarse la boca es una ventaja minúscula que precede a la mayor de comer la torta.

9 de diciembre. Ayer bailes por la consagración de la iglesia.

Aquel que contempla el alma no puede penetrar en el alma; sin embargo, existe una línea marginal en la que entra en contacto con ella. Lo que se descubre en este contacto es que hasta el alma se ignora. Por lo que ha de permanecer necesariamente desconocida. La cosa sería triste únicamente si existiese otra cosa aparte del alma, pero en realidad no es así.

11 de diciembre. Ayer inspector en jefe. Hoy *Der Jude*. Stein: La Biblia es santísima, el mundo es muy asqueroso.

Nuestro arte consiste en ser deslumbrados por la verdad. En realidad no hay más que la luz proyectada sobre el rostro, que retrocede en una mueca de espanto.

No todos pueden ver la verdad, pero pueden serla.

A cada instante corresponde también alguna cosa extraordinaria. A la vida terrena no puede seguir un Más Allá, porque el Más Allá es eterno, de manera que no puede estar en contacto temporal con la vida terrena.

13 de diciembre. Comienzo de la lectura de Herzen⁶ apartado de la lectura de *Schöne*

⁶ Kafka leyó las memorias del revolucionario ruso Alejandro Herzen (1812-1870).

Rarität y de varios periódicos.

Quien busca no halla, pero quien no busca es hallado.

Ayer, hoy, días odiosos. Contribuyeron la lectura de Herzen, una carta al doctor Weiss,⁷ distintas cosas inexplicables. Comida repugnante: ayer patas de cerdo, hoy cola. Paseo hacia Michelob a través del parque.

15 de diciembre. Carta del doctor Kórner,⁸ de Václav Mehl,⁹ de mamá.

La cuestión no se decidirá aquí, pero la fuerza para decidirla se pone a prueba sólo aquí.

17 de diciembre. Días vacíos. Cartas a Kórner, Pfohl¹⁰, Pribram,¹¹, Kaiser, padres.

Devuelto a su casa de la exposición universal, el negro, enloquecido por la nostalgia, en medio de su pueblo, entre los lamentos de toda la tribu, ejecuta, con grave rostro, por hábito y deber, las monigotadas que deleitaban al público europeo como usos y costumbres del África.

El arte se auto-olvida, se auto-suprime: lo que es fuga se hace pasar por juego, o directamente por provocación.

19 de diciembre. Ayer se anunció la visita del F.¹², hoy solo en mi habitación, donde humea la estufa, a Zarch con Nathan Stein, que explica a la campesina que el mundo es un escenario.

Por debajo del conocimiento de lo real hay, como un pasaje subterráneo. ¡Qué felicidad infantil cuando, superándolo, nos elevamos!

21 de diciembre. Telegrama de F.

El primer animal doméstico de Adán después de la expulsión del paraíso terrenal fue la serpiente.

22 de diciembre. Lumbago, cálculos durante la noche.

23 de diciembre. Paseo agradable y un poco fatigoso. Escuché mucho.

Dormí mal, día fatigoso.

En el paraíso, como siempre: lo que provoca el pecado y lo que lo hace conocedor es la misma cosa. La buena conciencia es el mal, ahora tan victorioso, que ya no considera siquiera necesario dar ese salto de izquierda a derecha.

Las preocupaciones por cuyo peso los privilegiados se excusan ante los oprimidos son precisamente las preocupaciones por conservar sus privilegios.

25, 26, 27 de diciembre. Partida de F. Llanto, Todo difícil, equivocado, sin embargo justo.

30 de diciembre. No demasiado desilusionado al fin.

2 de enero. El maestro posee la seguridad verdadera, el alumno la permanente.

Mañana parte Baum.¹³

Con el pretexto de ir de cacería, se aleja de la casa, con el pretexto de tener a la vista la casa, trepa a las alturas más inaccesibles; si no supiésemos que va de caza, lo retendríamos.

⁷ El escritor Ernst Weiss.

⁸ Josef Kórner se ocupó (más tarde) de una edición de los trabajos filosóficos de Friedrich Schlegel; fue un estudioso de la literatura romántica alemana.

⁹ V. Mehl debió de ser un compañero de oficina de Kafka.

¹⁰ Pfohl era uno de sus jefes.

¹¹ Pribram: un compañero de escuela.

¹² Kafka estaba comprometido entonces con Felice.

¹³ El escritor Oskar Baum.

13 de enero. Oskar partió con Ottla, paseo a Eischwitz.

14 de enero. Lúgubre, desanimado, inquieto.

15 de enero. Inquieto. Estoy mejor, paseo por la tarde a Oberklee.

16 de enero. Por propia voluntad, giró como un puñetazo y esquivó al mundo.

No rebasa una gota, pero no cabe ni una gota más.

El hecho de que nuestra misión sea tan grande como nuestra vida le da una apariencia infinita.

Las reglas de la comparsa son claras, las conocen todos los bailarines, son permanentes. Pero por una de esas circunstancias fortuitas de la vida que no deberían presentarse nunca, y que sin embargo se presentan continuamente, te aísla, solo, en medio de sus filas. Puede ser que eso se provoque por un desorden en las mismas filas, pero no lo sabes, no piensas más que en tu propia desgracia.

17 de enero. Paseo a Oberklee. Limitación. Respetar al diablo en el mismo diablo.

18 de enero. El lamento: ¿Si seré eterno, cómo seré mañana?

Estamos doblemente alejados de Dios: el pecado original nos aleja de él, el árbol de la vida lo aleja a él de nosotros.

Árbol de la vida – señor de la vida.

Fuimos expulsados del paraíso que sin embargo no fue destruido. La expulsión del paraíso terrenal fue, en cierto modo, una suerte, porque si no hubiésemos sido expulsados, habría que haberlo destruido.

Casi hasta el fin del relato del pecado original persiste la posibilidad de que también el edén sea maldecido junto con el hombre. Sólo los hombres son maldecidos, no el edén. Dios dijo que Adán moriría el día que comiese del árbol de la ciencia. Según Dios, la consecuencia inmediata del probar del árbol de la ciencia debía ser la muerte, según la serpiente (ésta, por lo menos, podía falsear el sentido de sus palabras), la igualdad con Dios. Tanto una como otra afirmación eran inexactas de manera análoga. Los hombres no murieron pero se volvieron mortales, y no fueron iguales a Dios pero alcanzaron una facultad indispensable para serlo. Sin embargo, tanto una como otra afirmación eran también exactas de manera análoga. No murió el hombre sino el hombre paradisiaco, no se convirtió en Dios pero alcanzó la ciencia divina.

La desolada perspectiva del mal: cree reconocer nuestra igualdad con Dios en la distinción que hacemos entre bien y mal. La maldición parece no haber empeorado nada de su naturaleza: medirá con el vientre el largo del camino.

22 de enero. Intento de ir a Michelob. Barro.

Pero bajo aquella gran humareda arde el fuego, y aquél cuyos pies arden no se librará ciertamente por el hecho de que no ve más que turbio humo.

Miramos, asombrados, aquel caballo gigantesco. Había traspasado el techo de nuestra habitación. El cielo nublado se deslizaba perezosamente a lo largo de su forma poderosa y su crin susurraba al viento.

Los puntos de vista del arte y de la vida son distintos aun en el mismo artista.

El arte vuela en torno de la verdad, pero con la decidida intención de no quemarse. Su habilidad consiste en encontrar un lugar, en la vacía oscuridad, donde la luz, sin que nadie lo hubiera percibido, se pueda recibir muy intensa.

El suicida es un preso que ve, en el patio de la prisión, una horca, cree erróneamente que le está destinada, se escapa por la noche de la celda, baja y se ahorca solo.

Tenemos luz de conocimiento. Quien se empeña mucho en obtenerla hace sospechar que quiere, en cambio, rechazarla.

Antes de entrar en el Sancta Sanctorum debes quitarte los zapatos, pero no sólo los zapatos, sino todo, ropa de viaje y equipaje, y, debajo, la desnudez y todo lo que está debajo de la desnudez, y todo lo que se esconde debajo de ella, y después el meollo y el meollo del meollo, y después el resto y después el resto y después aun el reflejo del fuego eterno. Sólo el fuego mismo será reabsorbido por el Santísimo y se deja reabsorber por él, no se puede resistir a ninguno de los dos.

No debemos quitarnos de encima, sino consumirnos nosotros mismos.

Había tres maneras diferentes de castigar el pecado original: la más benigna se aplicó efectivamente, la expulsión del paraíso terrenal; la segunda era la destrucción del paraíso mismo; la tercera —y ésta habría sido la más tremenda— la prohibición de acceso a la vida eterna, dejando todo como estaba antes.

28 de enero. Vanidad, olvido de mí mismo por unos días.

A. no podía vivir de acuerdo con G., y tampoco separarse, por lo que se mató, creyendo así conciliar lo irreconciliable, es decir, ceñir un idilio con sí mismo.

"Si..., entonces morirás", significa: El conocimiento es una cosa y la otra, es decir, escalón para la vida eterna y obstáculo que la impide. Si, logrado el conocimiento, deseas alcanzar la vida eterna —y no podrás no desearlo, ya que el conocimiento es precisamente tal voluntad— deberás entonces destruirte a ti mismo, que eres el obstáculo, para construir

el escalón, o sea la destrucción. La expulsión del paraíso no fue entonces una acción sino un acontecimiento.

CUARTO CUADERNO

Cargando con una responsabilidad demasiado grande, o mejor, con una responsabilidad cualquiera, terminas por aplastarte.

Si se te carga con todas las responsabilidades, puedes aprovechar el momento y dejarte aplastar por su peso; pero si intentas en cambio soportarlo, verás que no cargas nada, que tú mismo eres esas responsabilidades.

Atlas pudo haber pensado que, cuando lo quisiera, no tenía más que dejar caer el globo terrestre e irse; pero no le estaba permitido tener otra idea que esa.

El silencio aparente en el que se suceden los días, las estaciones, las generaciones es como un acechar escuchando; de esa manera trotan los caballos delante del carro.

31 de enero.¹⁴ Trabajos de jardinería, callejón sin salida.

Una lucha en la que no tenemos cubiertas las espaldas de ningún modo y en ningún momento. Y si bien se lo sabe, se lo olvida siempre. Y si no se lo olvida, se busca siempre el cobertizo para descansar un poco en la búsqueda, aún sabiendo que nos costará caro.

1^o de febrero. Carta de Lenz. 2 de febrero. Carta de Wolff.¹⁵

4 de febrero. Largo tiempo en cama, insomne, tomo conciencia de la lucha.

En un mundo de mentira, la mentira no es expulsada del mundo ni siquiera por medio de su opuesto, pero sí por medio de un mundo de verdad.

El dolor es el elemento positivo de este mundo, más bien el único vínculo entre este mundo y lo positivo en sí.

5 de febrero. Buena mañana, imposible recordarlo todo.

La destrucción de este mundo sería tarea nuestra sólo si: primero, este mundo fuese malo, es decir, opuesto a nuestro espíritu; segundo, si estuviésemos en condiciones de destruirlo. La primera cosa nos parece precisa, pero la segunda no podemos realizarla. No podemos destruir este mundo porque no lo hemos construido como algo fijo de por sí, sino que nos perdimos dentro. Más aún, este mundo es nuestro extravío, y como tal él es, en sí mismo, una entidad indestructible, o mejor: cualquier cosa se puede destruir con llevarla hasta el fin, sin renuncias, donde cabe advertir, por otra parte, que aun llevarla hasta el fin no puede ser más que consecuencia de la distracción, pero siempre en el ámbito del mundo mismo.

¹⁴ Kafka vivía permanentemente en Zürau, pero iba con frecuencia durante el año a pasar algún tiempo a Praga, sobre todo para obtener prórrogas oficiales de su licencia. Se dedicaba además un poco a la jardinería (en el instituto de fruticultura de Troja, pueblito cercano a Praga).

¹⁵ Kurt Wolff, editor de Kafka.

Existen, para nosotros, dos clases de verdades, las representadas por el árbol de la ciencia y por el árbol de la vida. La verdad de quien obra y la verdad de quien descansa. En la primera el bien se distingue del mal, la segunda no es más que el bien mismo, e ignora tanto el bien como el mal. La primera verdad se nos concede realmente, la segunda podemos intuirlo tan sólo. Este es el aspecto triste de la cosa. Pero el alegre es que la primera verdad pertenece al instante fugaz, la segunda a la eternidad, por lo que la primera acaba por extinguirse en el fulgor de la segunda.

6 de febrero. Estuve en Flöhau.

7 de febrero. Soldado en piedras, isla de Rügen.

La fatiga no significa necesariamente debilidad de fe, ¿o sí? La fatiga, sea como fuere, significa insaciabilidad. Me siento demasiado estrecho en todo lo que forma parte de mí Yo, hasta la eternidad que soy me resulta demasiado estrecha. Pero si leo un buen libro, por ejemplo la descripción de un viaje, me reanima, me satisface, me sacia. Prueba evidente de que antes no había cerrado todavía ese libro en mi eternidad o que no había llegado todavía a intuir esa eternidad que, necesariamente, comprende aun el libro. —A partir de un cierto grado de iluminación interior deben desaparecer la fatiga, la insaciabilidad, la sensación de angustia, el auto-desprecio, y precisamente en ese punto en que todo lo que antes me restauraba, me satisfacía, me liberaba, me elevaba como una entidad ajena, encuentro en cambio la fuerza de reconocerlo como formando parte de mí mismo.

Pero, ¿y si sólo provenían esos efectos de tu suposición de que aquel objeto te era ajeno, de modo que, por correcta que fuera tu idea, desde ese punto de vista, no ganas nada y pierdes aun el antiguo consuelo? Es cierto que solamente como entidad ajena producía esa cosa aquellos efectos, pero no sólo aquellos, porque, mientras obraba me ha elevado a este grado más alto. No ha dejado de serme ajena, sino que además ha comenzado sólo a formar parte de mi Yo. —Pero una cosa ajena que se convierte en ti mismo no es más ajena. Vienes de tal modo a negar la creación del mundo y te refutas a ti mismo.

Debería saludar feliz la eternidad, pero cuando la encuentro me siento triste. Debería, pasando por la eternidad, sentirme perfecto, ¿por qué me siento entonces deprimido? Tú dices: debería... sentirme. ¿Expresas de esa manera un mandamiento que hay en ti? Precisamente.

Pues bien, no es posible que haya metido en ti un mandamiento de manera que solamente lo sientas, si después no sucede nada en concreto. ¿Es un mandamiento perenne o sólo temporal?

No sabría decirlo, pero me parece que es un mandamiento perenne, pero que sólo siento a intervalos.

¿De qué lo deduces?

Del hecho de que de cierta manera lo siento aun cuando no lo siento: y no ya porque haga perceptible su misma voz, sino porque atenúa o, poco a poco, vuelve dolorosa la voz opuesta, la que quiere quitarme el gusto por la eternidad.

Y, análogamente, ¿percibes también la voz opuesta cuando tu mandamiento interno te exhorta a la eternidad?

Sí, también; a veces me parece hasta percibir solamente la voz opuesta, y que todo lo demás no es más que un sueño en pleno día.

¿Por qué comparas tu mandamiento interior con un sueño? ¿Te parece acaso absurdo, incoherente, inevitable, irrepitable, origen de alegrías o terrores infundados, incomunicable en su totalidad, pero ansioso de ser comunicado, como son precisamente los sueños?

Todo eso: absurdo, porque sólo si no lo obedezco puedo subsistir en esta tierra; incoherente, porque no sé quién es que ordena y a qué está dirigida esa orden; inevitable, porque me toma por sorpresa y de improviso, como los sueños atrapan al que duerme, quien, sin embargo, debía esperar sueños al acostarse. Es irrepitable, o por lo menos lo parece, porque no logro seguirlo, se mezcla con la realidad y conserva justamente así su inmaculada irrepitibilidad; es origen de alegrías y de terrores infundados, si bien más de los segundos que de las primeras; es incomunicable porque es inaferrable, aunque justamente por este motivo quiere ser comunicado.

Cristo, *Momento*.¹⁶

8 de febrero. Me levanté enseguida, posibilidad de trabajar.

9 de febrero. Ciertos días sin viento, el barullo de los que llegan, los nuestros que salen a la carrera para saludarlos, se cuelgan estandartes aquí y allá, se corre a la cantina para buscar vino, una rosa cae al empedrado desde una ventana, nadie, nadie tiene paciencia, las barcas, detenidas sin tardanza por cien brazos, tocan la orilla, esos hombres extraños se miran y después suben a la plena luz de la plaza..

¿Por qué son tan difíciles las cosas fáciles? Mis tentaciones...

No hay que ponerse a enumerarlas. Las cosas fáciles son difíciles. Tan fáciles y tan difíciles. Como una cacería, en la que el único lugar donde se puede descansar es un árbol del otro lado del gran océano.

¿Pero por qué emigraron allá? La resaca en la costa es fuertísima, su territorio es tan estrecho y tan invencible. .

Si no hubieses preguntado habrías vuelto a la patria, pero tu pregunta te hará vagar aún por el gran océano. No fueron ellos quienes emigraron, fuiste tú.

La estrechez será siempre para mí una opresión.

Sin embargo, la eternidad no es el detenerse del tiempo.

Lo que nos oprime es la idea que nos hacemos de la eternidad; la incomprendible justificación que el tiempo habrá de sufrir en la eternidad y la consiguiente justificación de nosotros mismos, tal como somos.

10 de febrero. Alboroto. Paz con Ucrania.

Se desvanecen las nieblas de los capitanes y de los artistas, de los amantes y de los ricos, de los políticos y de los gimnastas, de los navegantes y...

Libertad y esclavitud son, en sentido profundo, una sola cosa. ¿En qué sentido profundo?

No en el sentido de que el esclavo no pierde su libertad, sino que, desde cierto punto de vista, es más libre que el hombre libre.

La cadena de las generaciones no es la cadena de tu más íntima naturaleza, con todo se les reúne por diversos vínculos. ¿Cuáles? Las generaciones mueren como los instantes de tu vida. ¿Cuál es la diferencia?

Es la broma de siempre: nos aferramos al mundo y después nos quejamos de que el mundo se aferra a nosotros.

De algún modo, niegas la existencia de este mundo. Con-

sideras la existencia como un descanso, un descansar del movimiento.

11 de febrero. Paz con Rusia.

Su casa se libró del incendio general, no porque sea justo, sino porque aquello a lo que tiende es a que su casa no sea tocada.

Quien contempla participa, en cierto sentido de la vida, se pega a la vida, busca guardar el paso con el viento. Es lo que no querría ser.

Vivir significa: estar en medio de la vida; ver la vida con la mirada con la que la he creado.

El mundo se puede considerar bueno sólo desde el lugar en donde se creó, porque sólo allí se dijo: Y esto es bueno... y sólo a partir de aquí podrá ser condenado y destruido.

Siempre listo, su casa es portátil, vive siempre en su patria.

La característica determinante de este mundo es la transitoriedad. Desde este punto de vista, los siglos no le llevan ventaja al instante más fugaz. La continuidad de tal estado transitorio no puede entonces ofrecernos ningún consuelo; que brote nueva vida de las ruinas demuestra menos la constancia de la vida que la de la muerte. Ahora bien, si quiero combatir este mundo, debo combatirlo en su característica más determinante, es decir, en su transitoriedad. ¿Puedo hacerlo en esta vida, y de manera real, por otro medio que no sea la esperanza y la fe?

De manera que quieres combatir el mundo sirviéndote de armas más reales que la esperanza y la fe. Es probable que existan tales armas, pero son reconocibles y utilizables sólo si se dan determinadas premisas. Veamos antes si las posees.

Adelante, pero si no las poseyera podría llegar a adquirirlas.

Cierto, pero no podré servirte de ayuda al respecto.

¹⁶ Alusión a los opúsculos de Kierkegaard titulados *Der Augenblick* (*El momento*).

De modo que sólo puedes ayudarme si cuento ya con esas premisas.

Sí, o mejor dicho: no puedo ayudarte para nada, porque si contaras con esos presupuestos ya tendrías todo.

Si es así, ¿por qué querías examinarme?

Por cierto que no para mostrarte lo que te falta, sino solamente que te falta algo. Podría entonces haberte sido algo útil, ya que sabes, indudablemente, que te falta algo, pero no lo crees.

Es así que a la pregunta que te planteé al principio me ofreces solamente la prueba de que debía hacerte la pregunta.

Te ofrezco algo más, algo que, dada tu condición, no puedes precisar todavía. Te doy la prueba de que debiste haberme planteado la pregunta de otra manera.

Lo que significa que no quieres o no puedes contestarme.

"Contestarte": precisamente.

Y esta fe, tú la puedes dar.

19 de febrero. De vuelta de Praga. Ottla en Zarch.

La noche de luna nos deslumbraba. Los pájaros chillaban de árbol en árbol. Un silbido recorría los campos.

Nos arrastramos por el polvo, una pareja de serpientes.

Intuición y experiencia.

Si la "experiencia" es un apoyarse en lo absoluto, la "intuición" no puede ser sino la vía indirecta hacia lo absoluto, pasando por el mundo. En el fondo, cada cosa tiende al punto de llegada, y éste es uno solo. Pero es posible una tesis conciliadora, si se afirma que tal división tiene lugar solamente en el tiempo, que entonces acontece a cada instante, pero en realidad no se verifica para nada.

El que se preocupa sólo por el futuro es menos previsor que el que se preocupa sólo por el momento que pasa, porque no se preocupa siquiera por el momento mismo, sino sólo por su duración.

La contemplación y la acción tienen su verdad aparente: pero sólo la acción procedente de la contemplación, o mejor que vuelve a ella, es la verdad.

23 de febrero. Carta no escrita.

La mujer, más bien, en términos más precisos el matrimonio, es el representante de la vida con el cual debes hacer cuentas.

Las invenciones nos preceden, como la costa precede al barco agitado continuamente por su máquina. Las invenciones hacen todo lo que es posible hacer. Es injusto decir, por ejemplo, que el aeroplano no vuela como el pájaro o que no seremos jamás capaces de fabricar un pájaro vivo. Es cierto, pero el error está en la objeción; como si pretendiéramos que el barco, si sigue una ruta lineal, arribe constantemente al puerto de partida. Un pájaro no se puede fabricar con un acto de creación, porque ya existe, vive y revive para siempre en virtud del acto original de la creación, y es imposible insertarse en esa serie, que ha sido creada y vive y se propaga gracias a una voluntad original permanente, así como se dice en una vieja leyenda, que la primera mujer fue creada sí de la costilla del hombre, pero que eso no ha vuelto a repetirse, empezando desde entonces los hombres a tomar de mujeres a las hijas de otros. Pero no se dice que el método y el fin con que se crean (he aquí lo importante) el pájaro y el aeroplano sean necesariamente distintos, y la explicación de los salvajes, que confunden el disparo de un fusil con el trueno, puede encerrar parte de verdad.

Pruebas de una vida anterior real: ya te había visto antes, y también las maravillas de la edad primordial y del fin del mundo.

25 de febrero. Claridad matutina.

No es haraganería, mala voluntad, necedad (aun si hay algo de todo esto, porque "los insectos nocivos nacen de la nada") lo que me ha hecho fracasar en todas mis cosas: la vida familiar, la amistad, el matrimonio, la profesión, la literatura, si no la falta de terreno bajo los pies, de aire, de leyes. Mi tarea es la de crearlos, no ya para poder recuperar después lo que perdí, si no para no poder acusarme de haber descui-

dado algo, dado que esta tarea vale tanto como otra. Es, más bien, el primerísimo de todos los deberes, o por lo menos su reflejo, así como, habiendo escalado una altura de aire rarificado, se puede al rato caminar a la luz del sol lejano. Ni, por otra parte, se trata de una tarea excepcional, que más bien ya ha sido asumida más de una vez. No sé aún

si en medida tan amplia. De lo que hace falta para vivir no he, por lo que me parece, traído conmigo casi nada, salvo la debilidad humana, como todos. Con ésta —que, bajo tal aspecto, es una fuerza poderosa— he afrontado valientemente cuanto había de negativo en mi tiempo, al que me siento muy próximo, y al que no tengo derecho de combatir, sino, en cierto sentido, de representar. No heredé, en cambio, parte alguna del escaso patrimonio positivo de mi tiempo, o de aquellos pocos tan exasperadamente negativos que se convierten sin más en positivos. No me condujo por la vida la mano del Cristianismo, por otra parte en pesada mengua, como Kierkegaard, ni pude tampoco aferrar el último borde del abrigo de la plegaria hebrea, que ya se iba, como los sionistas. Yo soy principio y fin.

El lo sentía en la sien, como la pared siente la punta del clavo que hay que hundirle. Así que no lo sentía.

Nadie, en esta tierra, produce más que su posibilidad de vida espiritual; no tiene mucha importancia que, según las apariencias, se trabaje para alimentarse, vestirse, etcétera; el hecho es que, con cada bocado visible, se recibe también un bocado invisible, con cada vestido visible, también un vestido invisible y así sucesivamente. Esta es la justificación de cada uno. Se diría que todos los hombres apuntalan sus existencias con justificaciones *a posteriori* pero no es más que una broma de perspectiva psicológica: en realidad, cada hombre construye su vida sobre sus justificaciones. Ciertamente que cada cual debe poder justificar la propia vida (o la propia muerte, que es lo mismo): es una tarea de la que no puede sustraerse.

Vemos a cada hombre vivir su vida (o morir su muerte). Sin una justificación interior sería una cosa imposible, porque nadie puede vivir una vida injustificada. De lo que, subvalorando al hombre, podría deducirse que cada uno apuntala con justificaciones la existencia propia.

La psicología es la lectura del revés de una obra, por eso es penosa, y, en lo que hace al resultado (siempre exacto), rica en respuestas, aunque en realidad no logró nunca nada concreto.

Después de la muerte de una persona, se produce, aun en la tierra y por cierto tiempo, un particular silencio benéfico respecto del muerto: ha cesado una fiebre, nuestros ojos no ven ya un largo morir, parece eliminado un error. Parece ofrecerse a los mismos supervivientes una ocasión de recobrar aliento (y es por eso que se abren de par en par las ventanas de la cámara mortuoria). Hasta que todo esto se revela pura apariencia, y entonces comienzan el dolor y las lamentaciones.

El lado cruel de la muerte es que trae consigo el dolor real del fin, pero no el fin mismo. El lado cruel de la muerte: un fin aparente produce un dolor real.

Las lamentaciones en torno del lecho de muerte son en realidad provocadas por el hecho de que no ha sido una muerte verdadera y propia. Debemos seguir contentándonos siempre con este morir, jugamos siempre este juego.

26 de febrero. Mañana de sol.

La evolución humana: el aumentar de nuestra capacidad de muerte.

Nuestra salvación es la muerte, pero no ésta.

A cada hombre se le plantean, en este mundo, dos preguntas de fe: la primera, acerca de la credibilidad de esta vida, la segunda acerca de la credibilidad de su fin. El simple hecho de la vida de cada uno de nosotros responde a ambas preguntas con "sí" tan fuerte y explícito que podría surgir la duda

de si se entendieron debidamente las preguntas. De todas maneras, ahora es necesario que cada uno vaya conquistando de a poco ese "sí" suyo fundamental, ya que, muy por debajo de la superficie, las respuestas, asaltadas por una tempestad de preguntas, son confusas y evasivas.

La no comunicabilidad de la paradoja tal vez existe, pero no se manifiesta como tal, ya que el mismo Abraham no la entiende. Pero él no tiene necesidad de entenderla, y entonces tampoco de interpretarla para sí mismo, pero puede, en cambio, intentar explicarla para los demás. Aun lo universal no es unívoco, en este sentido: verdad que en el caso de Ifigenia se manifiesta por el hecho de que el oráculo no tiene nunca un solo

significado.¹⁷

¿Tranquilidad en lo universal? Equívoco de lo universal. Lo universal entendido a veces como reposo, pero en general como la oscilación "universal" entre lo individual y lo universal. Sólo la tranquilidad es lo universal en sentido propio, pero es también el punto de llegada.

Es como si la oscilación entre lo universal y lo individual se produjera en el verdadero y propio escenario, mientras la vida en general estuviera trazada solamente en segundo plano.

No existe esta evolución, que me cansaría por su absurdo, de la que no tengo más que una mínima culpa. El mundo pasajero no basta para la diligencia de Abraham, que entonces decide emigrar, con él, a la eternidad. Con todo, o la puerta de salida o la de entrada es demasiado estrecha, el hecho es que no logra hacer pasar el carro con los muebles. Y culpa a la debilidad de su propia voz que grita las órdenes. Es el tormento de su vida.

La pobreza espiritual de Abraham y la lentitud de movimientos de esa pobreza suya constituyen una ventaja, en cuanto le facilitan la concentración, o mejor, son de por sí concentración. Pero, de esa manera, él pierde la ventaja del empleo de la fuerza de concentración.¹⁸

Abraham está enredado en el error siguiente: no puede soportar la uniformidad de este mundo. Pero sabemos muy bien que, en cambio, el mundo es increíblemente variado, cosa que se puede verificar en cualquier momento con solo tomar un puñado de mundo y mirarlo de cerca. Esto, naturalmente, lo sabe hasta Abraham. Su lamentación por la uniformidad es, así, más que otra cosa la lamentación de no sentirse suficientemente amalgamado con la variedad del mundo. En otras palabras, querría un trampolín para saltar del mundo.

En su argumentación se protege una especie de encantamiento. Nos podemos sustraer a una argumentación evadiéndonos al mundo de la magia, a un encantamiento recurriendo al de la lógica, pero uno y otro mundos te aplastan, tanto más que, unidos, dan lugar a un *quid tertium*: un encantamiento vivo o una destrucción del mundo que, en vez de destruir, edifica.

Tiene demasiado espíritu, viaje con su espíritu, como en un carruaje hechizado sobre la tierra, aun por donde no hay senderos. Y no alcanza a descubrir por sí que no hay senderos. De esa manera, su humilde demanda de un séquito en el camino de la tiranía y su sincera convicción de "estar en el camino verdadero" se hacen soberbia.

La sociedad de los trabajadores sin bienes

Deberes: No poseer ni aceptar dinero u otros valores. Únicas propiedades admitidas: ropa sencilla (a determinarse eventualmente), los objetos necesarios para el trabajo, libros, víveres para consumo propio. Todo lo demás pertenece a los pobres.

Ganar para vivir sólo mediante el trabajo. No eludir ningún trabajo para el que alcancen las fuerzas sin detrimento

de la salud. Elegirse el trabajo, o, cuando no fuese posible, someterse al consejo de trabajadores, que dependen del gobierno.

No trabajar por más salario que el sustento propio (que se establecerá de acuerdo con los lugares) de dos días.

Vida extremadamente sobria. Comer solamente lo indispensable; por ejemplo, como paga mínima (que en cierto sentido es también la máxima): pan, agua, dátiles. El alimento de los más pobres, la cama de los más pobres.

¹⁷ Se refiere a Furcht und Zittern (Temor y temblor) de Kierkegaard, como en los cinco aforismos siguientes. Los otros dos son una crítica de Kierkegaard.

¹⁸ Se ve claramente en el original que este aforismo estaba concebido en primera persona en la primera versión. Empezaba: "Mi pobreza espiritual."

Considerar las relaciones con quien suministra trabajo como basadas sobre la confianza, no pretender nunca el apoyo de los tribunales. Llevar a término todo trabajo iniciado, a toda costa, a menos que se opongan motivos graves de salud.

Derechos: Jornada laboral de seis horas como máximo; para trabajos físicos, de cuatro o cinco horas.

En caso de enfermedad o de vejez, atención en asilos y hospitales estatales.

La vida de trabajo como hecho de conciencia, de fe en el prójimo.

Dar al Estado todo lo que se poseía, para que lo destine a la construcción de hospitales, asilos.

Al principio, por lo menos, estarán excluidos quienes gozan de independencia económica, los casados y las mujeres.

El consejo (grave deber) tratará con el gobierno.

Aun en las empresas capitalistas (*dos palabras ilegibles*).

Donde se pueda ser de ayuda, en zonas abandonadas, en los asilos de pobres, prestarse a hacer de maestros.

Quinientos hombres como máximo.

Un año de prueba.

Todo contribuía a favorecer la construcción. Obreros desconocidos acarreaban bloques de mármol, ya cortados en escuadra y adaptados entre sí. Las piedras se levantaban y se ubicaban obedeciendo a los calculados movimientos de sus dedos. Ningún edificio se levantó nunca con la facilidad de aquel templo, o mejor aquel templo se levantó como deben verdaderamente levantarse los templos. Solo que en cada piedra —¿de qué cantera provenían?— estaban las torpes marcas de inconcientes manos infantiles, o, más probable—mente, los caracteres de alguna bárbara tribu montañesa, que las habían raspado con instrumentos por cierto que bastante afilados (¿malignidad o sacrilegio o vaticinio de destrucción total?) para una eternidad que habría de sobrevivir al templo mismo.

Por el arroyo encuentro el agua fugitiva. Arbustos y cañas. La voz alada del maestro. Murmullos de criaturas. El sol que se desvanece bermejo, que se abandona, estremeciendo. La tapa del hornillo se cierra secamente. Se prepara café. Apoyados sobre la mesa esperamos sentados. A un lado del camino, algunos árboles delgados. Marzo. ¿Qué más quieres? Salimos de las tumbas y queremos cruzar también este mundo, sin un plano preciso.

¿Quieres alejarte de mí? Es una decisión como cualquier otra. ¿Pero adonde quieres ir? ¿Adonde va a dar esta fuga tuya de mí? ¿A la luna? Ni siquiera allí, adonde, por lo demás, no puedes llegar. ¿Y entonces por qué todo esto? ¿No prefieres sentarte en un rincón y quedarte tranquilo? ¿No sería acaso mejor? ¿Allí en ese rincón tibio y oscuro? ¿No me escuchas? Buscas a tientas la puerta. Sí, ¿pero dónde está la puerta? Por lo que recuerdo no estuvo nunca aquí dentro. ¿Quién pensaba entonces, cuando se construyó este interior, que habrías de llegar a concebir propósitos tan revolucionarios? Sea como fuere, no se ha perdido nada, una idea así no se pierde, hablaremos de ello en la mesa, y las risotadas de los comensales serán tu recompensa.

Sale la pálida luna mientras cabalgamos por el bosque.

Neptuno se hartó de sus mares. Se le cayó el tridente. Fue a sentarse, mudo, en una costa rocosa, y una gaviota asombrada por su presencia describió círculos ondulantes en torno de su cabeza.

El carruaje se va rodando como una furia.

¿Qué pueden estar preparándonos?

Cama y colchón bajo los árboles,

verde oscuridad, verdor seco,

poco sol, olor húmedo.

¿Qué pueden estar preparándonos?

¿Adonde nos impulsa el deseo?

¿Obtener esto, perder aquello?

Insensatos, bebemos la ceniza
y ahogamos a nuestro padre.

¿Adonde nos impulsa el deseo?

¿Adonde nos impulsa el deseo?

Nos impulsa fuera de casa.

El reclamo de la flauta, el reclamo del fresco arroyo

Aquello que te había parecido paciente

murmuró entre las hojas del árbol

y el amo del jardín habló.

Si busco, en sus runas,

sondear este inconstante espectáculo,

palabra y úlcera...

El conde estaba sentado almorzando, era un tranquilo mediodía de verano. Se abrió la puerta, pero no fue para dejar pasar al servidor, sino a fray Pilotas.

—Hermano —dijo el conde, y se puso de pie—, vuelvo a verte, después de tanto tiempo de no volver a verte en sueños.

Una parte de la puerta vidriera, que daba a la terraza, se rompió en montón de pedazos y un pájaro, pardo-rojizo como una perdiz, pero más grande y de pico largo, entró volando.

— Espera, lo cojo enseguida —dijo el fraile, levantó con una mano el borde del hábito y con la otra procuró atrapar el pájaro.

En eso entró el servidor con un plato lleno de bellísimas frutas, que el ave, volando a su alrededor en pequeños círculos, comenzó tranquila pero fuertemente a picotear.

El servidor, como paralizado, sujetó con fuerza el cuenco, mirando, no particularmente asombrado, frutas, pájaro, y al fraile que seguía tratándole darle caza. Se abrió la otra puerta y entraron algunos habitantes del pueblo con una petición, en la que solicitaban el libre uso de un sendero del bosque que necesitaban para atender mejor sus campos. Pero llegaron en mal momento, porque el conde era entonces un escolar, estaba sentado en un escabel y aprendía sus lecciones. El viejo conde estaba, ciertamente, muerto ya, de manera que debía haber gobernado aquel joven, pero había sucedido de otra manera, se había insertado una pausa en la historia y la comisión cayó, por tanto, en el vacío. ¿En qué acabará? ¿Volverá atrás? ¿Se dará cuenta a tiempo de cómo están las cosas? El maestro, que formaba también parte del grupo, se ha apartado ya y se ocupa de la educación del pequeño conde. Con una vara arroja de la mesa todo lo que había, la para, como un pizarrón, con la tabla hacia adelante y le escribe con tiza el número 1.

Bebíamos, el diván se nos hizo demasiado estrecho, las agujas del reloj de pared seguían girando ininterrumpidamente. El criado se asomó a la puerta, nosotros lo saludamos agitando las manos. Pero a él lo atrajo una figura sentada en el sofá junto a la ventana. Era un viejo, vestido con un negro traje tenue lustroso como la seda, que se levantó despacio, mientras sus dedos seguían jugueteando en los apoyabrazos.

—Padre — exclamó el hijo.

— Emil — dijo el viejo.

El camino que llega al prójimo es, para mí, larguísimo. *Praga*. Las religiones se pierden como los hombres.

Pequeña alma,

brinca en el baile,

pones la cabeza en el aire tibio,

levantas los pies de la hierba resplandeciente,

que el viento mueve en un dulce meneo.

QUINTO CUADERNO

Podría estar muy contento. Estoy empleado en el ayuntamiento. ¡Qué importante ser empleado del ayuntamiento! Poco trabajo, sueldo suficiente, mucho tiempo libre, y gran

consideración a los ojos de toda la ciudad. Si considero bien la situación de un empleado del ayuntamiento no puedo dejar de envidiarlo. Y sin embargo, ahora lo soy yo mismo, soy empleado del ayuntamiento... y quisiera, si pudiese, arrojar esta dignidad mía al gato de la oficina, que todas las mañanas va de cuarto en cuarto recogiendo los restos de nuestros almuerzos.

Si debiera morir en algún momento del futuro cercano o quedar incapacitado del todo para la vida —cosa nada improbable, dado que en las últimas noches he tenido fuertes expectoraciones de sangre— podría decir que me maté solo. Si mi padre solía decirme, en un tiempo, en sus furibundas pero inútiles amenazas: "Te mataré como a un perro" — en realidad ni siquiera me tocaba—, ahora esa amenaza opera independientemente de él. El mundo —F. es su representante— y mi Yo matan a mi cuerpo en un conflicto irreconciliable.

Debía estudiar en la gran ciudad. Tía me esperaba en la estación. La había visto una vez en que había ido acompañado por mi padre a visitarla en la ciudad. Casi no la reconozco.

¡Eh!, cuervo, dime, viejo cuervo de mal agüero, ¿qué haces siempre en mi camino? Dondequiera que me vaya estás tú erizando tus cuatro plumas. ¡Deja de molestarme!

Ya, dijo él y con la cabeza inclinada, se puso a andar de un lado a otro como un maestro en la clase; es cierto, hasta yo siento casi malestar.

Había llegado finalmente a la ciudad en la que debía estudiar. Hallada una habitación, deshechas las valijas, se hizo llevar de paseo por un coterráneo que vivía allí desde hacía tiempo. En la esquina, digamos en una calle lateral, se encontraban, como quien no quiere la cosa, monumentos famosos reproducidos por todos los libros escolares. Ante su vista le faltaba casi el aliento, mientras el coterráneo se los señalaba con la mano.

Di, viejo sinvergüenza, ¿qué dirías si pusiéramos finalmente las cosas en su lugar?

No, no, me defendería con uñas y dientes.

No lo dudo. Y sin embargo habría que eliminarte.

Iré a llamar a mis padres.

Eso también lo tengo previsto. Habrá que poner a ellos también contra la pared.

Sea cual fuere la cosa que me saca de entre los dientes del molino que me trituran todo el tiempo, la siento como un beneficio, a condición de que no acarree demasiado dolor físico.

La pequeña galería oculta al sol, el pacífico aguacero cerrado, ininterrumpidamente.

Nada me retiene. Abiertas puerta y ventana las terrazas amplias y vacías.

K. era un gran prestidigitador. Su programa era un poco uniforme, pero, dado el valor indiscutible de su trabajo, no dejaba de atraer público. Recuerdo aún muy bien, es lógico, el espectáculo en el que lo vi por primera vez, aunque han pasado veinte años y yo no era entonces más que un muchachito. Llegó a nuestra pequeña ciudad sin aviso previo y dio el espectáculo en la noche misma de su llegada. En el gran comedor de nuestro hotel se había dejado un poco de espacio libre alrededor de una mesa puesta en el centro: esa era toda la puesta en escena. Por lo que recuerdo, la sala estaba atestada, pero hay que tener en cuenta que a un niño le parece atestado todo ambiente en el que brillan luces, se oye rumor de voces adultas, hay un camarero que va de aquí para allá, etcétera, por otro lado, no explicaría cómo podía afluir

tanta gente a un espectáculo montado de pronto, como aquel. De todas maneras, es cierto que ese presunto lleno del salón tiene un peso decisivo en la impresión global que me quedó de aquel espectáculo.

Aquel a quien toco se derrumba.

El año de luto había transcurrido,
las alas de los pájaros eran frágiles.

La luna se descubría en las noches frescas.

El almendro y el olivo estaban maduros hacía tiempo.

El beneficio de los años.

Estaba sentado frente a sus cuentas. Largas columnas. Cada tanto las abandonaba y apoyaba el rostro en la mano. ¿Cuál era el resultado de aquellas cuentas? Turbias, turbias, cuentas.

Ayer estuve por primera vez en la oficina de suministros de la dirección. Los del turno de la noche me habían elegido hombre de confianza, y dado que la estructura y el suministro de nuestras lámparas es insuficiente, debía ir a insistir para que cesaran tales abusos. Me indicaron la oficina respectiva, golpeé y entré. Un joven delicado, palidísimo, me sonrió desde el otro lado de su gran escritorio. Hacía muchos, demasiados gestos con la cabeza. No sabía si debía sentarme: había, sí, una silla, pero pensé que quizás, en mi primera visita, no era correcto sentarse enseguida, de manera que conté mi historia de pie. Fue precisamente esa actitud modesta mía, sin embargo, lo que provocó una cierta molestia al joven, ya que, para mirarme, se vio obligado a levantar la cabeza y echarla algo hacia atrás, cosa que no parecía querer hacer. Pero, por otra parte, por más que intentaba no conseguía doblar completamente el cuello, así que, mientras yo hablaba, se quedó mirando a mitad de camino, oblicuamente hacia arriba, en dirección del techo, mientras yo seguía su mirada. Cuando terminé se levantó de a poco, me palmeó la espalda.

– Ya veo, ya veo – dijo, y me empujó hacia la oficina de

al lado, que tenía una puerta vidriera abierta de par en par que daba a un jardincito lleno de flores y arbustos.

Allí ya nos esperaba, evidentemente, un señor de barba descuidada, pues sobre su mesa no había el menor rastro de trabajo, mientras una breve información, consistente en pocas palabras susurradas por el joven, bastó a aquel señor para darse cuenta de nuestras diferentes quejas. Se puso de pie inmediatamente y dijo:

—Entonces, mi estimado... —se interrumpió, yo creí que quería saber mi nombre, de manera que estaba por abrir la boca para presentarme otra vez, pero él no me dejó hablar—. Sí, sí, está bien, está bien, te conozco muy bien. Entonces, tu solicitud o la solicitud de ustedes está completamente justificada, por cierto que yo y los señores de la dirección seremos los últimos en negarlo. Créeme que el bienestar de los trabajadores lo tenemos mucho más en cuenta que el bien de la mina. ¿Cómo podría ser de otro modo? La mina se puede arreglar siempre, no se trata más que de dinero, al diablo el dinero, pero si muere un hombre muere un hombre, quedan la viuda, los hijos. ¡Dios del cielo! Es por eso que cualquier propuesta que tienda a lograr una mayor seguridad, nuevas facilidades, nuevas comodidades y nuevos lujos, la recibimos con entusiasmo. Quien nos la trae es de los nuestros. Deja entonces aquí tus sugerencias, las consideraremos atentamente, si se pudiera aportar alguna pequeña espléndida innovación lo haremos sin más, y apenas esté todo en orden les enviaremos las lámparas nuevas. Pero di esto a tus compañeros de allá abajo: no nos daremos paz hasta que hayamos hecho de la galería de ustedes un salón, y ustedes morirán con zapatos de charol o nada. Así que, ¡muchos saludos!

Trota, caballito,

llévame al desierto

se sumen las ciudades, los pueblos y los amables ríos.

Venerables escuelas, irreflexivas tabernas,

se sumen, rostros de niñas,

arrasados por la tempestad de Oriente.

Había mucha gente y yo no conocía a nadie. Por eso me propuse quedar callado al principio, para individualizar de a poco a aquellos que podría abordar con más facilidad, e insertarme lentamente, con su ayuda, en el resto de la concurrencia. La habitación, que tenía una sola ventana, era más bien chica, sin embargo contenía una veintena de personas. Yo estaba junto a la ventana abierta, seguía el ejemplo de los demás, que iban a servirse cigarrillos de una mesita lateral, y fumaban plácidamente. Sin embargo, a pesar de mi atención, no entendía de qué se hablaba. Una vez, si no me equivoco, hablaron de un hombre y de una mujer, después otra vez de una mujer y de dos hombres, pero ya que se trataba siempre de las mismas tres personas, era sólo culpa de mi torpeza mental que no llegara a distinguir siquiera las personas de que se trataba, y menos a entender su historia. Se nos había planteado el problema – eso me parecía indudable— de si el comportamiento de una de ellas era moralmente aprobable o no. En la historia en sí, que era conocida por todos, nadie se extendió más.

Anochecer a lo largo del río. Una barca en el agua. El sol se pone entre las nubes.

Cayó frente a mí. Les digo que cayó delante mío, tan cerca como está esta mesa contra la que me apoyo.

— ¿Estás loco? —grité.

Hacia rato que había pasado la medianoche, yo salía de una recepción, tenía ganas de caminar un poco solo, y de pronto aquél se me cae delante de los pies. No podía levantarlo, de gigantesco que era, ni podía abandonarlo allí en el suelo, en aquel lugar por donde no pasaba un alma.

Por encima mío corrían sueños, estaba en cama cansado y abatido.

Yacía enfermo. Como era una enfermedad grave, habían sacado los jergones de mis compañeros de habitación, y así, estaba solo día y noche.

Mientras estuve bien, nadie se preocupó por mí. En realidad no me disgustaba del todo, no quiero entregarme a lamentaciones póstumas, quiero únicamente destacar la diferencia: apenas me enfermé comenzaron las visitas a mi cabecera, que siguen ininterrumpidamente y aún no han cesado del todo.

El señor Sinesperanza navegaba en una pequeña barca rodeando el Cabo de Buena Esperanza. Era de mañana temprano, soplabá un viento fuerte. Sinesperanza izó una pequeña vela y se recostó, en paz. ¿Qué podía temer en aquella barquita, que, con su pequeño calado, se deslizaba como un ser vivo sobre todos los escollos de aquellas aguas peligrosas?

Tengo tres perros: Tenlo, Tómallo y Jamás. Tenlo y Tómallo son *pinscher* chinos comunes y nadie los advertiría si estuviesen solos. Pero está Jamás. Jamás es un dogo bastardo, y una crianza de siglos no habría logrado darle su aspecto actual. Jamás es un gitano.

Todas mis horas libres – y serían verdaderamente muchísimas si no tuviera que pasar tantas durmiendo para saciar el hambre– las paso con Jamás. En un diván Récamier. No sé cómo habrá llegado este mueble a mi buhardilla, tal vez iría a algún cuarto de trastos, pero, cansado, se quedó en mi habitación.

Jamás opina que así no se puede seguir y que hay que encontrar algún camino de salida. Hasta yo, en realidad, soy de la misma opinión, pero frente a él finjo pensar de otra manera. El corre de aquí para allá por la habitación, cada tanto brinca sobre la sùla, tironea con los dientes el pedazo de salchichón que he puesto allí para él, después lo lanza hacia mí con la pata y vuelve a correr en círculos.

A. Aquello que se proponen hacer es, de cualquier forma que se la considere, una empresa muy difícil y peligrosa. Claro que no hay que exagerar, hay empresas aún más difíciles y peligrosas. Y tal vez allí donde menos se lo espera se nos pone, por lo mismo, a la obra, sin esperarlo, sin estar preparados. Esta es, en realidad, mi opinión, con la cual,

naturalmente, no quiero disuadirlos de sus proyectos ni minimizarlos. Nada de eso. Lo que ustedes desean requiere, sin duda, una gran fuerza, y lo vale. ¿Sienten en ustedes, esa fuerza?

B. No. No puedo afirmarlo. Siento el vacío en mí, pero ninguna fuerza.

Entré por la puerta de atrás. Justamente junto a la puerta hay una gran posada, donde decidí pernoctar. Llevé mi mulo al establo, que estaba ya casi lleno de animales, pero conseguí un lugarcito. Después subí a una de las galerías, tendí en tierra mi manta y me eché a dormir.

Dulce serpiente, por qué estás tan lejos, acércate, un poco más, basta, no más, detente. ¡Ay de mí!, para ti no hay límites. ¿Cómo podré llegar a dominarte si no reconoces límites? Será un esfuerzo atroz. Comienzo por rogarte que te enrosques. He dicho que te enrosques y tú te extiendes. ¿Es que no me entiendes? No me entiendes. Y eso que hablo tan claro: ¡enróscate! No, no me entiendes. Mira, te lo muestro con esta vara. Primero debes describir una gran circunferencia, después, junto a la primera, otra y así en adelante. Después mantienes bien alta la cabecita, la mueves despacio según la melodía de la flauta que te tocaré ahora, y si yo me interrumpo, lo haces tú también, con la cabecita en la circunferencia interior.

Me trajeron mi caballo, pero estaba aún demasiado agotado. Miré aquella bestia delgada, que temblaba de fiebre vital.

—Este no es mi caballo –dije cuando el sirviente de la posada me acercó un caballo aquella mañana.

—Su caballo es el único que hubo en nuestro establo esta noche – dijo el sirviente y me miró sonriendo, o, si se quiere, sonriendo con aire de desafío.

SEXTO CUADERNO

Debí preguntarme antes cómo era el asunto de esta escalera, cuál era su extraña condición, qué cabía esperar y cómo había que conducirse. No había oído hablar nunca de esta escalera, me dije a modo de justificación, cuando en los libros y en los diarios se registran todas las cosas de este mundo. De esta escalera, sin embargo, ningún indicio. Pero tal vez sí, me contesté a mí mismo, será que has leído mal. A menudo estabas distraído, saltabas párrafos, te contentabas además sólo con los títulos, quizás en alguna parte se hablaba de esta escalera y la cosa se te escapó. Me detuve un instante y medité acerca de esta objeción. Me pareció, entonces, recordar que una vez, en un libro para niños, había leído acerca de una escalera parecida a aquella. No era mucho, tal vez sólo la mención de su existencia, que no me servía ni ayudaba en nada.

Cuando el ratoncito, que en el mundo de los ratones era amado como ningún otro, cayó una noche en una trampa mortal y, dando un grito agudísimo, sacrificó su vida por la visión de un pedazo de tocino, todos los ratones de los alrededores fueron atrapados en sus cuevas por un temor convulsivo, y parpadeando involuntariamente se miraron entre sí, unos a otros, mientras las colas barrían el suelo con un celo insensato. Después salieron, vacilantes, empujándose, atraídos todos por aquel lugar de muerte. Y ahí estaba tendido, aquel pequeño y querido ratoncito, el fierro sobre la nuca, las zarpitas apretadas contra el vientre, rígido el débil cuerpecito que bien se merecía un pequeño pedazo de tocino. Los padres que estaban también ahí contemplaban los restos de su criatura.

Una vez, en una tarde de invierno, después de distintos disgustos por cuestiones de trabajo, mi negocio me pareció tan odioso (todo comerciante sabe de esos momentos), que decidí cerrar enseguida el local por ese día, si bien brillaba aún una clara luz invernal y fuese cualquier cosa menos tarde. Estas resoluciones del libre arbitrio dan siempre buenos resultados...

Poco después de su ascenso al trono, aun antes de conceder la amnistía habitual, el joven príncipe visitó una cárcel. Entre otras cosas, preguntó, tal como se esperaba, por el que estaba allí hacía más tiempo. Era uno que había matado a su mujer, lo habían condenado a reclusión perpetua y estaba entonces en el vigésimo tercer año de cárcel. El príncipe quiso verlo, lo condujeron a la celda del condenado que, como medida de precaución, había sido encadenado ese día.

Cuando volví a casa aquella noche, encontré un huevo enorme. Era casi tan alto como la mesa y de volumen proporcional. Oscilaba lentamente de aquí para allá. Era muy raro, sujeté el huevo entre las piernas y lo corté en dos cuidadosamente con el cortaplumas. Ya estaba maduro para quebrarse. La cáscara toda quebrada, cayó al suelo y salió un pájaro parecido a una cigüeña aún sin plumas, que batía el aire con alas demasiado cortas. "¿Qué quieres en nuestro mundo?", hubiera tenido ganas de preguntarle, me agaché delante del ave y la miré a los ojitos que parpadeaban tímidamente. Pero se fue y se puso a saltar a lo largo de las paredes, agitando ruidosamente las alas como si le dolieran las patas. "Ayudaos los unos a los otros", pensé, destapé mi cena, que estaba sobre la mesa, y llamé con una seña al ave, la que, ahí delante insinuaba el pico entre mis escasos libros. Acudió enseguida, se acomodó en una silla (se ve que ya empezaba a tomar confianza), comenzó, con respiración sibilante, a oler una tajada de salchichón que le había puesto delante, pero se limitó después a ensartarla con el pico, para rechazarla enseguida. "Cometí un error", pensé. "Claro que no se sale del huevo para ponerse enseguida a comer salchichón. Haría falta la experiencia de una mujer." Y miré al animal con mucha atención, para ver si sus deseos en cuestión de alimentación se leían en el exterior. "Si forma parte de la familia de las cigüeñas", se me ocurrió entonces, "le gustará seguramente el pescado. Bien, estoy dispuesto a conseguirle hasta pescado. Claro que no por nada. Mis medios no me permiten tener en casa un pájaro. De manera que si tengo que hacer tales sacrificios, exijo que me proporcione un servicio equivalente. Dado que es una cigüeña, que me lleve con ella a las tierras del Sur, cuando, gracias a mis pescados, sea adulta. Hace mucho tiempo que quiero ir allá y no lo he hecho porque me faltaban las alas de una cigüeña." Tomé enseguida papel y tintero, sumergí el pico del pájaro y escribí, sin que el animal opusiera la mínima resistencia, la

declaración siguiente: "Yo, el firmante, pájaro de la familia de las cigüeñas, me comprometo, en caso de que me alimentes con pescado, ranas y gusanos (estos dos últimos alimentos los agrego por razones de justicia) hasta que haya echado plumas, a llevarte en el lomo a las tierras del Sur." Después le limpié el pico y le hice examinar una segunda vez el documento antes de plegarlo y metérmelo en la cartera. Después de lo cual, fui enseguida en busca de pescado; aquella primera vez debí pagarlo caro, pero el comerciante me prometió que en adelante me guardaría siempre los pescados que se echaban a perder y una gran cantidad de lombrices, todo a bajo precio. Tal vez aquel viaje al Sur no me saliera caro. Vi con alegría que al pájaro le gustaba mucho lo que le había llevado. Con un pequeño sonido gutural se mandó un pescado tras otro, llenándose el buche rosado. Día tras día, más que cualquier criatura humana, el pájaro hizo rápidos progresos en su desarrollo. Es cierto que el olor insoportable del pescado podrido no abandonó más mi habitación y que no era fácil descubrir y barrer las heces del pájaro, ni el frío del invierno ni el precio elevado del carbón permitían ventilar la habitación como hubiera sido necesario; pero qué importaba, apenas llegada la primavera volaría hacia el luminoso Sur con alas ligeras. Crecieron las alas, se cubrieron de plumas, los músculos se fortalecieron, ya era tiempo de hacer un poco de ejercicio de vuelo. Desdichadamente no había mamá cigüeña, y si el pájaro no hubiera demostrado tanta buena voluntad, la enseñanza que podía brindarle yo tal vez no hubiera bastado. Pero sin duda se daba cuenta de que debía compensar mis carencias de maestro con una atención extrema y el máximo esfuerzo por su parte. Comenzamos por el vuelo a vela. Yo subía, él me seguía, yo saltaba con los brazos extendidos, él bajaba flotando. Más tarde pasamos a la mesa y finalmente al ropero, y nuestros vuelos se repetían siempre, muchas veces, sistemáticamente.

El genio atormentador

El genio atormentador vive en el bosque, en una cabaña que en un tiempo servía a los carboneros, pero que está abandonada desde hace rato. El que entra no advierte otra cosa que un persistente olor a moho y nada más. Más pequeño que el más pequeño ratoncito, invisible aun para quien lo observa de cerca, el genio atormentador se esconde en un rincón. No se percibe nada, el bosque rumorea tranquilo por la ventana sin vidrios. Qué soledad aquí dentro, justo lo que te conviene. Dormirás en aquel rincón. ¿Por qué no en el boque, al aire libre? Porque ya estás aquí dentro, a cubierto en una cabaña, aunque la puerta la hayan arrancado y se la hayan llevado hace tiempo. Pero tú igual manoteas en el vacío, como si quisieras cerrar la puerta, y después te tiendes en el suelo.

Finalmente salté sobre la mesa y rompí la lámpara con el puño. Enseguida entró un criado con un farol, se inclinó y me sostuvo la puerta abierta. Salí con prisa de mi habitación y corrí escaleras abajo, seguido por el criado. Abajo, un segundo criado me puso un abrigo de piel, y puesto que se lo había permitido, exhaustivo, me cerró también el cuello de piel y me lo abotonó en el cuello. Era necesario porque el frío era mortífero. Subí el gran trineo que me aguardaba, y se me cubrió con una montaña de mantas tibias, y, con un alegre tintineo de campanillas, comenzó el viaje.

—Friedrich – oí susurrar desde un rincón.

– ¿Estás ahí, Alma? —dije y le tendí la mano impertinentemente enguantada.

Algunas palabras más de alegría por el encuentro, después nos quedamos callados, ya que la carrera vertiginosa cortaba el aliento. Caído en un estado de somnolencia, había olvidado ya a mi acompañante, cuando nos detuvimos frente a una hostería. Frente a la portezuela apareció el posadero, escoltado por mis criados, todos en posición servil, listos para recibir órdenes. Salté fuera y grité solamente:

– ¿Qué hacen ahí clavados? ¡Vamos, vamos, nada de pararse!

Y piqué al cochero con un bastón que encontré a mi lado.

SÉPTIMO CUADERNO

Sueño inviolable. Ella corría por el camino real, yo no la veía, notaba solamente el movimiento espasmódico de su carrera, su toca flotante, el pie que se levantaba. Yo estaba sentado en el borde del campo y miraba el agua del arroyuelo. Ella cruzó a la carrera los pueblos, los niños, parados en los umbrales, la miraban acercarse, la miraban alejarse.

Sueño en andrajos. El capricho de un viejo príncipe había dispuesto que el mausoleo tuviera un guardián, justo junto a los sarcófagos. Hombres prudentes habían opinado en contrario, pero al fin se concedió al príncipe, cuyo poder era más bien limitado, esa pequeña satisfacción. Un inválido de la guerra del siglo pasado, viudo y padre de tres hijos caídos en la última, solicitó el puesto. Fue aceptado y acompañado al mausoleo por un antiguo funcionario de la corte. Los seguía una lavandera, cargada con diversas cosas destinadas al guardián. Hasta el bulevar, que sigue después derecho hasta el mausoleo, el inválido, a pesar de su muleta, se mantuvo a la par del funcionario. Pero después cedió un poco, tosió un poco y empezó a frotarse la pierna izquierda.

—¿Y bien, Friedrich? —dijo el funcionario que lo había precedido por algunos pasos: con la lavandera, y que se volvía para mirarlo.

—Tengo punzadas en la pierna —contestó el inválido e hizo una mueca—. Tenga paciencia un momento, son crisis que me pasan enseguida.

Relato del abuelo

En los tiempos del difunto príncipe Leo V era guardián del mausoleo del Friedrichspark. Claro que no lo fui inmediatamente. Todavía recuerdo muy bien el día en que, de simple mandadero de la hacienda real, debí llevar por primera vez la leche por la tarde, a la guardia del mausoleo. "Oh", pensé, "la guardia del mausoleo." ¿Hay quien sepa con exactitud qué es un mausoleo? Yo fui guardián del mausoleo y debería saberlo, pero en realidad lo ignoro. Y ustedes, que escuchan mi relato, se darán cuenta al final de que aunque creyeran saber qué es un mausoleo, deberán reconocer que ya no lo saben. Pero por entonces me ocupaba bien poco de saberlo, ya que me sentía orgullosísimo de haber sido enviado a la guardia del mausoleo. Y así me fui con mi provista de leche por los senderos neblinosos que, en medio de los prados, conducían al parque. Llegado frente a la verja dorada, me despolvé la chaqueta, me limpié los zapatos, limpié bien el exterior del balde, y después toqué la campánula y esperé, la frente contra la verja, para ver qué pasaba. La casa del guardián parecía estar en medio de las matas, en una pequeña elevación, por una puertecita que se abrió entonces se advirtió brillar una luz, y una mujer viejísima vino a abrir la puerta de la verja, una vez que le dije quién era, mostrándole como prueba mi balde. Después tuve que seguirla, pero lentamente como caminaba ella. Fue muy fastidioso, porque me tenía agarrado y en el breve trayecto se paró dos veces para recobrar el aliento. Arriba, un hombre gigantesco estaba sentado a horcajadas sobre una banquetita de piedra, las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza hacia atrás, y dirigía los ojos a las matas que tenía justamente delante obstruyéndole toda visión. Dirigí involuntariamente una mirada interrogativa a la mujer.

—Ese es el guardián idiota — me dijo ella— , ¿no lo sabías?

Sacudí la cabeza, miré una vez más, asombrado, a aquel hombre, y especialmente su alto gorro de piel de cordero, pero después la vieja me arrastró a la casa. En un cuartito, frente a una mesa cubierta de libros muy ordenados, estaba sentado un señor muy viejo y barbudo, en bata, el que desde bajo de la pantalla de la lámpara de pie, giró los ojos para mirarme. Pensé, naturalmente, que había equivocado el camino y me volví para salir de la habitación, pero la vieja me bloqueó la salida y dijo al señor anciano:

— Es el nuevo chico de la leche.

— Ven aquí, muchacho —dijo el señor, y sonrió.

Poco después estaba sentado sobre una banqueta junto a su mesa y tenía su cara muy cerca de la mía. Desdichadamente, la cordialidad con la que me habían recibido me había vuelto un poco petulante.

En el desván

Los niños tenían un secreto. En el desván, en un rincón bien escondido por una pila de

muebles viejos acumulados a lo largo de un siglo adonde no hubiera podido llegar ya ningún adulto, Hans, el hijo del abogado, había descubierto a un desconocido. El hombre estaba sentado en un cajón que, apoyado a lo largo, estaba contra la pared. Al ver a Hans, su cara no demostró ni miedo ni asombro, sino sólo una cierta incomodidad, y contestó la mirada de Hans con mirada clara. Tenía, bien calado, un gran gorro redondo de piel de cordero. Espesos bigotes le sobresalían, rectos, de las mejillas. Estaba vestido con un gran abrigo marrón, sostenido por un conjunto de correas que recordaba los arreos de un caballo. Tenía en el regazo un corto sable curvo de vaina forrada con seda de brillo pálido. Calzaba botas con espuelas: un pie se apoyaba sobre una botella de vino volcada, el otro, sobre el suelo, estaba un poco levantado y clavaba talón y espuelas en la tabla del suelo.

– ¡Fuera! —gritó Hans cuando el hombre, moviendo lentamente la mano, intentó atraparlo.

Corrió velozmente hacia la parte menos vieja del desván y se detuvo sólo cuando sintió que le daba en la cara la ropa blanca que habían tendido allí para que se secara. Pero enseguida volvió atrás. El extraño estaba sentado en su lugar, asomando el labio inferior con cierto desprecio, y no se movía. Acercándosele despacito, cautamente, en puntas de pies, Hans procuró descubrir si aquella inmovilidad era un truco. Pero el extraño parecía, verdaderamente, no tener malas intenciones: estaba ahí sentado totalmente relajado, al punto que hasta le oscilaba un poco la *cabeza*. Entonces Hans se atrevió a apartar un viejo guardafuego agujereado que lo separaba un poco del desconocido, a acercarse muchísimo y, por fin, hasta a tocarlo.

– ¡Qué sucio estás —dijo atónito, retirando la mano toda ennegrecida.

– Sí, polvoriento —dijo el extraño, y nada más. Tenía un acento completamente insólito, Hans no entendió aquellas palabras más que en su eco.

–Yo soy Hans —dijo—, el hijo del abogado. ¿Y tú quién eres?

– ¿Ah, sí? —dijo el extraño—. Yo también me llamo Hans, Hans Schlag, soy un cazador del Gran Ducado de Badén y nativo de Kassgarten sobre el Necker. Historia antigua.

– ¿Eres cazador? ¿Vas de caza? —preguntó Hans.

–Bah, apenas eres un niño —dijo el hombre—. ¿Y por qué abres tanto la boca cuando hablas?

Era un defecto que solía observar también el abogado, pero de parte de aquel cazador que apenas se hacía entender y a quien habría que aconsejarle calurosamente que abriese bien la boca, era una crítica más bien inoportuna.

Las diferencias que había habido siempre entre Hans y su padre llegaron, después de la muerte de la madre, a un estallido tal que Hans salió del negocio paterno, se fue al extranjero y aceptó, casi sin pensarlo, un pequeño empleo que se le ofreció casualmente, y rompió toda relación con el padre, tanto por carta como por intermedio de conocidos comunes, de manera tan radical que la noticia de la muerte de él (ocurrida unos dos años después de su partida, por infarto cardíaco) le llegó sólo a través de la carta del abogado que hacía de albacea. Hans, se encontraba aquel día junto a la vidriera del comercio de telas en el que trabajaba como dependiente, y miraba a través de la lluvia la plaza circular de aquella pequeña ciudad de campaña, cuando el cartero se acercó dejando a sus espaldas la iglesia. Entregó la carta a la patrona, casi inmovilizada en la profundidad de su sillón acolchado, y eternamente descontenta, y se fue. El sonido apagado de la campanilla de la puerta llegó de alguna manera a Hans que miró hacia la patrona y la vio entonces, llevarse el sobre cerquísima de la cara oscura cubierta por chales negros. En esos casos Hans tenía la impresión de que, de un momento a otro, la mujer sacaría la lengua y se pondría a lamer la carta como los perros en vez de leerla. La campanilla de la puerta sonaba todavía débilmente cuando la patrona le dijo:

– Llegó una carta para usted.

–No —dijo Hans y no se apartó de la vidriera.

–Usted es un tipo raro, Hans —dijo la mujer—, aquí está bien claro su nombre.

En la carta decía que Hans había sido efectivamente nombrado heredero universal, pero que la herencia estaba

gravada de tal manera por deudas y obligaciones que para él, como se advertía después de una estimación sumaria, quedaba poco más que la casa paterna. Lo que no era mucho: una vieja, sencilla construcción de una planta, pero a la que Hans estaba muy ligado; por otra parte, después de la muerte del padre, ya no había nada que lo ligara al extranjero, mientras que el despacho de las cuestiones inherentes a la sucesión exigía urgentemente su presencia, de manera que se desligó enseguida de sus compromisos, cosa nada difícil, y volvió a su casa.

Era una noche de diciembre, tarde, con la nieve así de alta, cuando Hans detuvo el carruaje frente a la casa de sus padres. El portero, que lo esperaba, se adelantó apoyado por la hija: era un viejo vacilante que había servido también al abuelo de Hans. Hubo un intercambio de saludos, si bien no muy cordiales porque Hans había visto siempre en el portero solamente un necio tirano de sus años infantiles, y el porte humilde con el que se le acercaba entonces el viejo lo incomodaba. Sin embargo, dijo a la hija, que lo seguía por la escalera empinada y estrecha con el equipaje, que el salario de su padre aparte del legado que le esperaba de acuerdo con el testamento, seguiría siendo el mismo. La hija se lo agradeció con lágrimas en los ojos y confesó que esas palabras borraban la preocupación principal de su padre, la que desde la muerte del amo en adelante no lo había dejado casi dormir. Aquel agradecimiento hizo comprender por primera vez a Hans las molestias que habían surgido para él y seguirían surgiendo a causa de esa herencia. Así que pensó con más placer— en el momento en que estaría solo en su antigua habitación y, saboreándolo de antemano, acarició al gato que, primer recuerdo agradable de los viejos tiempos, se había deslizado silenciosamente junto a él con todo su cuerpo. Pero no condujeron a Hans a su habitación de antes, la que, según las instrucciones que transmitiera por carta, debía recibir, sino al dormitorio de su padre. Preguntó el porqué. La muchacha, todavía respirando agitada por el peso de las valijas estaba frente a él, en aquellos dos años se había vuelto grande y fuerte, y su mirada era insólitamente—transparente. Se disculpó por lo sucedido. En la habitación de Hans vivía el tío Theodor y no se había querido molestarlo, anciano como era.

tanto más que la otra habitación era más grande y más cómoda. La noticia de que el tío Theodor estaba en la casa resultó completamente nueva para Hans.

OCTAVO CUADERNO

Estoy acostumbrado a confiar para todo en mi cochero. Cuando llegamos a un muro alto y blanco, que se curvaba suavemente por arriba y a los costados, y no pudimos proseguir, entonces lo seguimos palpándolo, y mi cochero dijo al fin.

– Es un frente.

Nos habíamos separado para la pesca, habíamos construido una cabaña a la orilla del mar.

Personas desconocidas me reconocen. Últimamente en el curso de un breve viaje, no conseguía casi pasar con mi valija por el corredor de un tren atestado. Y he ahí que, desde la penumbra de un compartimiento, alguien para mí del todo desconocido me llamó y me ofreció su lugar.

El trabajo como placer, concepto inaccesible para los psicólogos.

Malestar después de demasiada lógica. Si uno tiene buenas piernas y se dedica a la psicología podrá, en poco tiempo, siguiendo a su arbitrio un trazado zigzagueante, recorrer la distancia como en ningún otro campo. Algo para hacer llorar.

Eché raíces en un pésimo terreno. ¿Por qué no nací en una tierra mejor? ¡Quién sabe! ¿Tal vez no soy digno? No se diría. Ningún arbusto puede brotar más frondoso que yo.

Acerca del teatro judío¹⁹

En estas notas no me ocuparé de cifras ni de estadísticas, las dejo para los historiadores

¹⁹ Aquí comienza la autobiografía del actor en lengua yiddisch, Isak Lówy, quien contó su vida en largas veladas, Kafka tomaba notas y produjo finalmente una versión tratando de preservar el estilo de Lówy.

del teatro judío. Mi intención es mucho más simple: escribir algunas páginas de recuerdos respecto del teatro judío, sus dramas, actores, público, todas las cosas que he visto, aprendido, en las que he participado yo mismo en más de diez años: presentar estos recuerdos o, en otras palabras, levantar el telón y mostrar la llaga. En realidad, sólo conociendo la enfermedad se puede encontrar el remedio, y si es posible, crear el verdadero teatro judío.

1

Para mis devotos padres jasídicos de Varsovia, el teatro era, naturalmente, como la carne prohibida, como la de cerdo, por ejemplo. La única representación teatral permitida tenía lugar en la fiesta del Purim, cuando mi primo Chaskel se colgaba una larga barba negra sobre su escasa barbita rubia, se ponía el caftán al revés y representaba el papel de un alegre comerciante judío. Mis ojitos de niño no lo perdían de vista un instante. De todos mis primos era el que quería más, su ejemplo no me dio descanso y tenía apenas ocho años cuando ya actuaba como él en la escuela primaria. En cuanto se iba el maestro se montaba un espectáculo en la escuela; yo era director, productor, en fin, todo, y hasta los golpes que recibía del maestro eran los más fuertes. Pero no me importaba nada; el maestro nos pegaba, pero nosotros organizábamos igual una representación nueva cada día. Y durante todo el año no esperaba ni quería más que una cosa: que el Purim llegara pronto y poder volver a ver una vez más cómo se disfrazaba mi primo Chaskel. Estaba convencido que un día, apenas fuera adulto, también me disfrazaría y cantarí y bailarí en cada fiesta de Purim.

Pero lo que no imaginaba siquiera era que hubiera disfraces fuera de la fiesta del Purim y que hubiera muchos actores como mi primo. Hasta que vine a enterarme por el hijito de Israel Feldscher de que existían teatros de verdad en los que se toca música, se canta y se disfrazan, y eso todas las noches, no sólo en el día del Purim, y que también en Varsovia había teatros así y que su padre ya lo había llevado a uno varias veces. Una noticia que —tendría entonces unos diez años— me electrizó completamente. Contaba los días que debían pasar para que me convirtiese en adulto y pudiera finalmente ver con mis propios ojos un teatro de verdad. No sabía por entonces que el teatro es una cosa prohibida y pecaminosa.

Bien pronto me enteré de que frente al ayuntamiento se encontraba el Gran Teatro, el mejor, el más hermoso de toda Varsovia, hasta del mundo entero. Desde entonces, la sola vista de aquel edificio literalmente me deslumbraba. Pero cuando pregunté en casa cuándo iríamos finalmente al Gran Teatro, me gritaron que un niño judío no debe saber siquiera que existen teatros, que es algo prohibido que está sólo para los (*goyum*) cristianos y los pecadores. Me contenté con la respuesta y no pedí más, pero sin recobrar la paz perdida: tenía mucho miedo de terminar por cometer algún día aquel pecado, y de que en algunos años no pudiera dejar de ir al teatro.

Cuando una noche, después del Jom Kippur, pasé en coche con dos primos frente al Gran Teatro, cuya calle estaba llena de gente, y no pude apartar los ojos de aquel edificio "impuro", mi primo Maier me preguntó:

— ¿Te gustaría estar ahí dentro?

No contesté. Es probable que mi silencio no lo complaciera, porque agregó:

—Esta noche, hijo mío, no hay allí dentro ni un judío, ¡ilíbrenos el cielo! En la noche siguiente del ayuno de Jom Kippur no va al teatro ni el último de los judíos.

Por lo que deduje que si ningún judío iba aT teatro inmediatamente después del Jom Kippur, habría muchos judíos que iban las demás noches durante todo el año.

Fui al Gran Teatro por primera vez a los catorce años. Por poco que hubiera aprendido de la lengua local estaba en condiciones de leer los carteles, por los que me enteré un buen día que representaban *Los hugonotes*. De los hugonotes ya había oído hablar en la Klaus,²⁰ además la obra era de un judío "Meier Beer". De manera que me autorice por mi cuenta, compré la entrada, y aquella noche, por primera vez en mi vida, fui al teatro.

Lo que vi y experimenté en aquella ocasión no es tema para estas páginas, pero quiero

²⁰ Lugar donde se reúnen los judíos para estudiar el Talmud y rezar.

decir sólo una cosa: me convencí de que allí dentro se cantaba mejor de lo que lo hacía mi primo Chaskel y que se disfrazaba también de manera mucho más sugestiva que él. Tuve, por otra parte, una sorpresa: que conocía una parte de la música del ballet de *Los hugonotes*, porque eran melodías que se cantaban por la noche en la Klaus, como himno preparatorio para el sábado. Y no conseguía explicarme cómo era posible que tocaran en el Gran Teatro arias que se cantaban en la Klaus desde hacía tanto tiempo. A partir de aquel día me hice asiduo de la ópera. Pero no debía olvidarme de comprar, para cada espectáculo, un cuello y un par de puños, y de arrojarlos al Vístula cuando regresaba a casa. Eran cosas que mis padres no debían ver. Mientras me nutría de *Guillermo Tell* y de *Aída*, mis padres creían firmemente que estaba en la Klaus, inclinado sobre los folios del Talmud, estudiando la Sagrada Escritura.

2

Poco después me enteré de que existía también un teatro judío. Hubiera ido más que gustoso, pero no me atrevía, porque era muy fácil que alguien se lo informara a mis padres. En cambio iba con frecuencia al Gran Teatro y, más adelante también al teatro dramático polaco. Fue allí donde vi por primera vez *Los bandidos (Die Räuber)*. Quedé muy asombrado de que se pudiera hacer con buen teatro sin música y sin canto – cosa que no se me había ocurrido— y, extrañamente, no sentí aversión alguna por Franz Moor, más bien fue quien más me impresionó: de tener que elegir hubiera representado su papel y no el de Karl.

De todos los amigos de la Klaus yo era el único que se había atrevido a ir al teatro. Por lo demás, los muchachitos de la Klaus nos nutríamos con todos los "libros iluminados" posibles; es de aquella época mi lectura de Shakespeare, Schiller, de Byron. En cambio, de la literatura en yiddisch no

conocía más que las grandes novelas policiales que Norteamérica nos suministraba en una lengua mitad alemana mitad yiddisch.

Pasó algún tiempo, yo no tenía paz: un teatro judío en Varsovia, ¿y yo no debía verlo? Y un buen día me arriesgué, jugué todo a una sola carta y fui al teatro judío.

Salí transformado. Ya antes del principio del espectáculo me sentía completamente distinto que en "los otros". Sobre todo nada de señores de frac, nada de señoras en *décolleté*, nada de polaco, nada de ruso, sólo judíos de todas clases; con ropas largas, con ropas cortas, mujeres y muchachas con ropa de calle. Y se hablaba fuerte y sin cuidado la lengua materna, nadie me distinguió por mi largo caftán y no tuve motivos para avergonzarme.

Se representaba una obra cómica con canto y baile en seis actos y dieciséis cuadros: (*Bal –Tschuwe*) *El pecador arrepentido* de Schomor. No se comenzó a las ocho en punto como en el teatro polaco, sino alrededor de las diez, y no se terminó sino mucho después de la medianoche. El enamorado y el intrigante hablaban alemán antiguo, y me asombré – dado que no conocía bien esa lengua— de comprender, de golpe tan bien un alemán tan elegante. Solamente el cómico y la *soubrette* hablaban yiddisch.

En general, aquel espectáculo me gustó más que la ópera, el teatro hablado y la opereta juntos. Se hablaba perfectamente yiddisch, un yiddisch germanizado pero siempre yiddisch, un yiddisch mejor, más hermoso; además allí estaba todo junto: drama, tragedia, canto, comedia, baile, todo junto, ¡la vida! No pude dormir en toda la noche por la excitación, el corazón me decía que también yo, algún día, serviría en el templo del arte judío, sería un actor judío.

Pero, al día siguiente mi padre mandó a mis hermanos a la habitación de al lado y dijo que nos quedáramos solamente mi madre y yo. Sentí, instintivamente, que estaba por sucederme una calamidad. Mi padre ya no está sentado: ahora pasea ininterrumpidamente por la habitación. Llevándose la mano a la barbita negra dice (no a mí, sino sólo a mi madre):

—Debes saber que tu hijo empeora de día en día, ayer lo vieron en el teatro judío.

Mi madre une las manos espantada, mi padre, palidísimo, sigue caminando de aquí para allá por la habitación, yo siento que el corazón se me oprime, y me quedo allí sentado como un condenado, no oso mirar el sufrimiento de mis padres, tan fieles y píos. Hoy no logro recordar lo que dije aquel día, recuerdo solamente

que, después de algunos minutos de pesada espera, mi padre me miró con sus grandes ojos negros y me dijo:

—Considera, hijo mío, que esto te llevará lejos, muy lejos.

Y tenía razón.

Al fin no había quedado en la hostería más que un cliente, aparte de mí. El posadero quería cerrar y me pidió que pagara.

— Allí queda uno todavía — dije, frunciendo las cejas porque entendía que era hora de irse pero no tenía ninguna gana de hacerlo, de moverme de allí.

—Ese es el problema —dijo el posadero—, no consigo hacerme entender por aquel tipo. ¿Querría ayudarme ?

— ¡Eh! —grité, haciendo bocina con las manos, pero aquél no se movía, sino que seguía silencioso mirando de reojo su vaso de cerveza.

Era ya tarde por la noche cuando toqué el portón. Pasó un buen rato antes de que, evidentemente desde las profundidades del patio, llegara para abrirme el castellano.

—El señor os ruega que entréis —dijo el criado inclinándose y, con un tirón silencioso, abrió la alta puerta de vidrio.

El conde, saliendo de detrás de su escritorio, que estaba junto a la ventana abierta, vino a mi encuentro casi a la carrera.

Nos miramos a los ojos; la mirada fija del conde me desconcertó.

Yacía en tierra frente a un muro, me retorció de dolor, hubiera querido enterrarme en la tierra húmeda. El cazador estaba junto a mí y, con un pie, me presionaba ligeramente la columna vertebral.

—Buen golpe —dijo el ayudante quien me cortó el cuello y el saco para palparme.

Cansados ya de mí y deseosos de otras empresas, los perros se lanzaban inútilmente contra el muro. Llegó el carruaje y atado de pies y manos fui arrojado, junto al amo, en el asiento posterior, de manera que cabeza y brazos me colgaban fuera del coche. Se iba de prisa; con la boca abierta, sediento, bebía el polvo del camino, de tanto en tanto sentía que el amo, satisfecho, me palpaba las carnes.

¿Qué es lo que llevo sobre los hombros? ¿Qué fantasmas me cuelgan alrededor?

Era una noche de tormenta vi al pequeño espíritu salir arrastrándose de entre las matas.

El portón se cerró, me encontré frente a él, cara a cara.

Estalló la lámpara, entró un desconocido, con otro farol, me puse de pie, mi hija conmigo, saludamos, él no pareció darse cuenta.

Los bandoleros me habían atado y yacía junto al fuego del capitán.

Campos escuálidos, escuálida llanura, detrás de un velo de niebla el pálido verde de la luna.

Salió de casa, se encuentra en la calle, un caballo espera, un criado tiene el estribo, y cabalga por un desierto resonante.